





ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN HISPANO-MEXICANA

# 1818: ORIGEN

Este libro no podrá ser reproducido,  
ni total, ni parcialmente, sin el previo  
permiso escrito de los autores.

© 2017 Todos los derechos reservados

© 1818: Origen: Antología de ciencia ficción hispano-mexicana

Fotografía de Portada: © STScI (Contrato NAS5-26555)

ID: STScI-2016-10 Star Cluster R136.

Primera miniatura: ID: STScI-2016-13 The Bubble Nebula (NGC 7635)

[http://hubblesite.org/about\\_us/copyright.php](http://hubblesite.org/about_us/copyright.php)

Fotografía de contraportada: © Mario Martínez Arrabal

Corrección y selección: Mario Martínez Arrabal, Blanca Mart y Tony Jim

Diseño de portada y maquetación: Mario Martínez Arrabal

Portada hecha con [www.canva.com](http://www.canva.com)

Primera edición: Abril de 2017

ISBN-13: 978-1543204872

*"Creé, lleno de un loco entusiasmo, un ser racional completo y tenía ciertamente por ello, la obligación de velar por su felicidad."*

*"Es posible que, allí donde yo fracasé, otro pueda alzarse con el triunfo."*

*Frankenstein, de Mary Shelley*



ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN HISPANO-MEXICANA

# 1818: ORIGEN

*Gabriel Trujillo Muñoz*

*Martha Elisa Camacho*

*Tony Jim*

*Lola Robles*

*María Concepción Regueiro*

*Iván Pujol*

*Mario Martínez Arrabal*

*Ricardo Guzmán Wolffer*

*Blanca Mart*

*Pedro Bayona*

*Marc Fabra Nadal*

*Noemí Atamoros*

*Elena Pujol*

*Aldo Alba*



## Índice

Presentación.....	11
A la orilla del lago, Gabriel Trujillo Muñoz.....	15
Cybergolen, Martha Elisa Camacho.....	21
Nave Grande, ande o no ande, Tony Jim.....	33
Naturaleza muerta, Lola Robles.....	55
Catgut, María Concepción Regueiro.....	59
Aura, Iván Pujol.....	71
El tren de media luna, Mario Martínez Arrabal.....	75
Cuando Shelley estaba por iniciar la novela que la haría inmortal, Ricardo Guzmán Wolffer.....	85
Goodbye Frankenstein, Blanca Mart.....	87
Desde la torre, Pedro Bayona.....	93
Debate solar, Marc Fabra Nadal.....	101
El Bosque, Noemí Atamoros.....	107
Nexo Joe, Elena Pujol.....	109
5 Momentos musicales, Aldo Alba.....	119



## Presentación

Hay palabras esplendorosas. Palabras que recorren el mundo o que permanecen escondidas, esperando su momento. Nosotros, impacientes, hemos podido encontrar algunas y queremos ofrecerlas en homenaje a esos autores que tanto aportan a la ciencia ficción.

Esta antología recoge cuentos de autores mexicanos y españoles en ese rico camino que nos tocó recorrer y que hicimos nuestro, en los andares en México y España. Queremos que estos cuentos estén en la red para que desde cualquier lugar del mundo, esos personajes se reúnan —quizás en un Archivo Hurus— y puedan tratar al piloto Sr. Jim, que disipará cualquier tristeza y obsequiará cualquier sobresalto, antes de que podamos conocer a un inquietante Nexo Joe o a un apuesto Cibergolem, en ese universo donde un tren con las ventanas iluminadas va camino de Ceres, y una jovencita, a la orilla de un lago, elabora el gran monstruo que permanecerá en nuestras pesadillas por siempre jamás.

Pero hay más palabras, más juegos, ¿pueden existir ciudades sónicas? Presentamos las ciudades del sonido, y a sus habitantes los sónicos; en definitiva, el espacio aural de nuestras reflexiones. Los diferentes universos están ahí aportando su incongruencia y su lógica, y decididas escritoras del siglo XIX, pueden recrearse jugando con las cuerdas de la ciencia. ¿Los conscientes? ¿Acaso hay seres en el universo todo, capaces de razonar y construir soluciones? Eso sí sería un milagro de lo maravilloso.

También encontramos en esta antología escenarios aterradores, pues las brujas del norte nos visitan, o podemos adentrarnos en paisajes apocalípticos, solitarias catedrales de oro, magníficas reinas en sus torres, bosques que acogen nuestro intento de redención. Y desde luego la crítica y el humor: ¿qué monstruos inspiraron a Shelley?

Hay dos objetivos en esta antología, el primero, ya citado, es la creación de una línea de contacto entre escritores y lectores de México y España. Nuestro deseo es que podamos intercambiar nuestras palabras; que la calidad literaria de estos cuentos y la fascinación de sus ideas nos sirvan de presentación mutua.

La segunda intención de esta obra es recordar que hace doscientos años se inició, allá en Villa Diodati, en Suiza, una propuesta: crear una novela de terror. Los actores del conocido desafío: Mary Shelley, Percy Shelley, Lord Byron, Polidori.

En ese 1816, surgió algo que fue más allá de lo esperado, y dos años más tarde en 1818, se publicó la novela escrita por la joven británica: Frankenstein.

Según los investigadores Scholes y Rabkin, Mary Shelley, introdujo en su mundo un elemento de un futuro posible, y con ello, transformó para siempre las posibilidades de la literatura. La ciencia, la idea de cambio, el futuro, todo estaba ahí. En su obra, *La Ciencia Ficción Historia —Ciencia— Perspectiva*, estos autores señalan el primer siglo de la ciencia ficción, indicando: El siglo I D.F. (después de Frankenstein)

Mitologías, Viajes siderales y Utopías habían preparado el camino. Recordemos las bellas estatuas de oro del dios Vulcano, jóvenes que tenían voz e inteligencia, de las que nos habla Homero en la Iliada, las vimanas, naves espaciales que se citan en la epopeya hindú, el Ramayana. En cuanto a viajes al exterior de nuestro planeta, citemos los Viajes verídicos de Luciano de Samosata en el siglo II, Micromegas de Voltaire, el viaje a la luna del fraile mexicano Manuel Antonio de Rivas en el siglo XVIII... los innumerables viajes a la luna dignos de ocupar un libro entero para citarlos. Y desde luego las numerosas utopías, donde se ha incluido la República de Platón o la Atlántida de Francis Bacon. Actualmente la distopía imaginada nos alcanza y recordamos El mundo feliz de Huxley o esa distopía que amenaza y estremece: 1984 de George Orwell.

Recordemos 1818, y las palabras del Dr. Víctor Frankenstein: Es posible que allí donde yo fracasé, otros puedan alzarse con el triunfo.

La ciencia, el experimento, el cambio, el futuro y la imaginación creando la maravilla. En esa tarea seguimos los escritores de ciencia ficción: creamos seres, universos, paisajes, ciudades, sociedades nuevas, leyes, experimentos, ética, arte, costumbres... mundos que se esconden en la chispa del fuego, en el rayo que salta a la vida y origina un nuevo cuento.

Disfrutemos de los que hemos reunido aquí. Bienvenidos a casa.

*Blanca Mart.*



## A la orilla del lago, entre la niebla

Gabriel Trujillo Muñoz

*Gabriel Trujillo Muñoz (Mexicali, Baja California, México, 1958). Poeta, narrador y ensayista. Ha publicado, entre otras, las novelas Laberinto (1995), Espantapájaros (1999), Transfiguraciones. Un misterio memorable (2008), Trenes perdidos en la niebla (2010) y Orescu. La trilogía de Thundra (primera edición 2000, segunda edición 2016). También es autor de estudios sobre la ciencia ficción, el más reciente es Utopías y quimeras. Guía de viajeros por los territorios de la ciencia ficción (2015) correo: gtmxm@hotmail.com*

La muchacha no durmió en toda la noche. Para espabilarse decidió pasear hasta la orilla del lago Lemán. A sus espaldas quedaba la mansión que la albergaba. Frente a ella, la niebla se alzaba formando figuras caprichosas ante sus ojos. Había trabajado en su obra literaria, una novela de misterio, y no estaba satisfecha con lo conseguido hasta ahora. Era cierto que sus compañeros de tertulia la felicitaron cuando compartió su historia apenas esbozada en personajes, circunstancias y trama.

—Tienes corazón de cirujano —le dijo su anfitrión— no te da miedo la sangre derramada, el horror del descuartizamiento.

Pero a la muchacha, autora en ciernes, le daba miedo otra cosa: no estar a la altura de su imaginación, no saber cómo darle a su protagonista la dignidad que merecía, el espíritu humano que necesitaba. Acercándose a la orilla del lago, con sus dieciocho años de vida y lejos de casa, la muchacha no sentía ningún temor ante su situación en el mundo, ante la lejanía de su patria y su familia ahora que residía en Suiza. Era inglesa y educada con las luces de la Ilustración y las tormentas del romanticismo. Disfrutaba conocer nuevos lugares y personas, otras culturas

y costumbres. Era consciente de ser parte de un siglo lleno de portentosas tecnologías, de inventos maravillosos, de viajes placenteros ahora que Europa era un continente abierto, sin guerras a la vista.

El lago mostraba una superficie apacible, un horizonte que llamaba al sopor, al descanso. Pero a la muchacha no le interesaba esa tranquilidad sino las pasiones incendiarias, las ideas imposibles. Sacó su libreta y garabateó las imágenes que se le iban ocurriendo: una máquina colosal, un médico obstinado, un armario lleno de instrumentos punzocortantes, una mesa anegada de sangre, un rayo que cae y cimbra la ciudad entera.

—¿De paseo tan temprano, mi señora?

La voz del hombre la sobresaltó.

—Quería estar sola. Pero veo que no lo he conseguido.

La muchacha volteó a ver al recién llegado.

—Para ser un secretario tan bien pagado trabajas poco — añadió.

—Así somos los italianos: vivimos para el gozo de lo inmediato, no para las tareas aburridas, protocolarias.

—Y tu lord, ¿qué dice al respecto?

—Nada. Mi señor cree en el libre albedrío, en que cada quien debe encontrar su lugar en el mundo, su papel en la vida.

La muchacha escudriñó la palidez de aquel hombre, visible incluso en la penumbra que los rodeaba.

—Para ser italiano te hace falta tomar más el sol.

El secretario dejó pasar la pulla.

En el lago se empezaba a ver actividad: hombres que iban a trabajar a los campos con sus azadas al hombro, mujeres que sacaban la ropa a lavar, niños gritando. Sombras entre las sombras de la madrugada.

—Me gustó su idea, la del monstruo —dijo el secretario como para romper el silencio que se acumulaba entre ambos.

—Un ser cadavérico. No sé cómo lo pensé.

—No. No la criatura. Me refería a su creador. Él es el verdadero monstruo, ¿no lo cree, mi señora?

—¿Por qué quiere suplantar a Dios mismo?

—Por hacerlo con chapuza.

A la muchacha se le iluminaron los ojos.

—Tal vez Dios hizo chapuza con nosotros. Nos creó mal adrede, nos hizo falibles para que nunca podamos rebelarnos contra su poder, para que vivamos maltrechos y doloridos toda nuestra existencia. SI vemos lo destructivo que somos yo apostaría por un Dios que no se preocupa por sus criaturas, que no le importa nuestra suerte.

El secretario italiano guardó silencio, sopesando aquella idea.

—¿Y si Dios hizo muchas clases de criaturas sólo para jugar con ellas, para divertirse a su costa?

—¿Hablas de los animales, de las bestias que viven en estado salvaje?

El secretario suspiró y un soplo helado salió de sus labios.

—No. Hablo de seres diferentes, con otras cualidades y atributos, con otras fortalezas.

—Pero con las mismas debilidades que nosotros, los seres humanos.

El italiano se quedó mirando a la muchacha, tratando de entender lo que había dicho.

—¿A qué se refiere?

—A nuestra sed de poder, a nuestras ambiciones desmedidas, a nuestra habilidad para matar a la menor provocación. A eso me refiero.

—Sí. Quizás. Pero, no sé. ¿Qué tal si hay otros seres humanos que son humanos y a la vez son otra clase de seres, distintos a nosotros?

La muchacha asintió ante aquella precisión.

—¿En lo físico? ¿En lo espiritual?

—Sí. En todo eso y más.

—¿Inmortales?

—Sí. Como mi relato. El que les leí ayer, en la velada.

—¿Vampiros? Eso no es ciencia sino fantasía.

—Da igual. ¿Podría haber y la humanidad estar ciega ante su presencia en el mundo?

La muchacha contempló largo rato las aguas del lago, la claridad que iba insinuándose, y luego miró a su acompañante.

—Ya entiendo —dijo—. Sí. Me gusta tu idea. Hay misterios en la tierra de los que ignoramos todo: su origen, su historia, su propósito. Y si así fuera, ¿no sería prudente que volvieras a la casa? Está por salir el sol y no creo que tu piel resista los rigores de la luz.

El secretario hizo una ligera reverencia.

—Cierto. Me retiro. Pero tengo para usted, señora, una última pregunta. Ya sabe de dónde saqué a mi criatura. ¿De dónde ha sacado a la suya?

La muchacha se encogió de hombros.

Era una pregunta impertinente, que no deseaba contestar.

Media hora después volvió ella también a la mansión. Subió las escaleras hasta la habitación que compartía con su amor, el poeta. Éste no estaba, pero había dejado una nota para ella:

“Fuimos a cazar. Regresamos a mediodía. Té a las cuatro de la tarde. Te amo”.

Firmaba con una S mayúscula.

Percy. Su marido. Su pasión.

La muchacha se desvistió antes de mirarse en el espejo ovalado del cuarto. Desnudo y a la vista, su cuerpo era un mapa de vidas cosidas a la fuerza, de cicatrices que nunca sanarían del todo: los brazos de una aristócrata inglesa, las piernas de una acróbata belga, los pechos de una cantante italiana, el corazón de una reina egipcia, los ojos de una quimera milenaria, la sangre del relámpago en su trueno inmortal.

La muchacha tomó un vestido holgado y se lo puso. Se sentó frente al escritorio y comenzó a escribir.

“Somos criaturas que nos hemos vuelto dioses. Nuestro deber es crear nuevos mundos. Nuestro destino es transformarnos en otros seres: más temibles, más peligrosos”.

Tocaron a la puerta tres veces seguidas.

—Puedes pasar.

Era Leonor, el ama de llaves.

—¿Quiere que le traiga el desayuno, lady Mary?

—Sí, por favor. Y luego no me interrumpen hasta el mediodía, cuando lleguen los poetas. Estoy escribiendo algo importante y requiero la máxima concentración posible.

—¿Una novela? —indagó, curiosa, Leonor.

—Así es.

—¿Romántica?

—Por supuesto. Llena de apasionados encuentros y desencuentros. Es la historia del amor que siente la humanidad por los monstruos.

—¿Los monstruos? —se sobresaltó el ama de llaves.

—Sí, Leonor. Los monstruos que contemplamos cada vez que nos miramos al espejo.

El ama de llaves salió volando escaleras abajo. En la cocina le preguntaron por qué estaba tan agitada, tan descolorida.

—¿No andarás calentándole la cama al italiano?

—¡No! ¡Cómo creen! Es lady Mary. Esa muchacha me saca cada susto.

—¿De verdad? Pero si parece una niña.i

—Tal vez lo parezca. Pero esa niña me da más miedo que un fantasma.

—¡Vamos, Leonor, no exageres!

—No exagero. Sólo habla de monstruos, de criaturas que te comen por dentro.

La cocinera principal no pudo aguantarse.

—Será la forma en que se expresa de Lord Byron, que es un monstruo terrible cuando anda de malas.

Ya apaciguada, Leonor subió con la bandeja del desayuno. Vio a Mary concentrada, escribiendo.

—¿Cómo van los monstruos? —preguntó por no dejar.

Mary, sin voltear a verla, le respondió:

—Cada día más voraces. Cada hora más hambrientos.

Y metiendo la pluma de ganso en el tintero siguió escribiendo la historia de una criatura recién nacida.

Como ella misma.

Hecha de muchas vidas, de tantas muertes.

# Cybergolem

Martha Camacho

*Martha Elisa Camacho Alcázar, nacida en la sierra de Michoacán, en Tzacapu, un 26 de octubre de 1963. Nació bajo el rayo de otoño que la dejó enfrascada en la bipolaridad de la locura literaria.*

*Estudiante frustrada de Matemáticas, Física, Química y toda la ciencia que se deje. Especializada en Caos.*

*Ganadora en México, del Premio Nacional de Cuento Efraín Huerta. Creadora del Cybergolem. Ha sido publicada en México y en España. Algunos de sus cuentos se pueden encontrar en la revista Alfa Eridiani de Madrid.*

*Escritora de Ciencia Ficción Dura, Mecánica de Motocicletas, científica, pagana y madre de una hija, dos gatos, y casi de un robot.*

*correo: linealghost@gmail.com*

*Cybergolem está dedicado principalmente a Blanca Martínez, quien me sugirió el monstruo creado por el rabino Loew, a través de una plática sobre Frankenstein, originalmente; gracias por el detalle, maja.*

*Gracias a papá, por prestarme los cd del doctor Rabin; a Frank, por Emilio y a Szaby, por Aaron.*

—CON CUIDADO, BOTINES, con cuidado...

El chorro de sangre saltó sobre la enguantada mano que sostenía la micropinza, la cual avanzo milimétricamente hacia su objetivo, siguiéndola nuestra vista en la pantalla. Estaba asombrado de la habilidad y firmeza de la anciana Edith.

A sus ochenta y tantos años, la cirujana se movía con la soltura de una prima ballerina sobre su escenario, sin importar que éste fuera un cuerpo humano anestesiado e inerte.

El micrótopo terminó de escindir el hueso palatino; los dos láseres del medibot, en tanto, controlaban las minúsculas hemorragias y su medio centenar de ‘manos’, ataviadas con diminutos suturadores conectaban vasos y cerraban capilares a una velocidad pasmosa para un ser humano, pero bastante común para los robots cirujanos. Los largos dedos de la cirujana me asombraban por su antinatural tamaño, en comparación con los míos, perfectamente proporcionados.

Demasiado perfectamente, pensé; a veces, sentía el secreto temor de ser solo un clon, a pesar de que mi inteligencia lo desmentía.

—Botines es bueno, a pesar de lo que digan los demás— dijo Edith, rompiendo el silencio.

—Es un modelo algo pasado, doctora...— aventuré.

La vieja respondió con una cascada risa. Por encima de su tapabocas avistaba los ojos más negros y vivaces que jamás he visto, rasgados y apenas arrugados en las comisuras. Sólo la voz de Edith denotaba su edad.

—Cuando yo muera, Botines seguirá siendo el mejor medibot no solo de éste hospital sino de todo el planeta, Aaron. Nada podrá sustituirlo... a menos que tú entrenes otro y lo superes.

Tragué saliva. Los dos sabíamos muy bien el porqué de mi presencia en ese quirófano, santuario frankensteiniano al que pocos serían admitidos y del que muchos habían sido despedidos violentamente por el mismísimo Botines. En primer lugar y sin ninguna modestia, era su mejor alumno; y por supuesto, no le tenía miedo (quizá porque me recordaba mucho a mi propia abuela, gruñona, autoritaria, sola e imbatible, en su puesto de guerra marciano).

En cualquier lugar donde se hablará de neurocirugía, el nombre de Edith Lozaces se pronunciaba con respeto e incluso, con cierto temor.

Las leyendas sobre ella eran oscuras unas, pícaras otras y bastante extendidas entre los neurocirujanos más famosos de la Tierra.

Nacida en Marte —detalle precisamente evidenciado en lo largo de sus manos—llegó a la Tierra a perfeccionar su técnica de cirugía y acabó por revolucionar esta al basar la mayoría de los pasos delicados en un cálculo exclusivo de los robots médicos, disminuyendo así los errores y aumentando la capacidad de decisión del cirujano.

Fue ella quien diseñó —junto con Rochester— los cincuenta brazos accesorios de cada robot dejando sin responsabilidades a la enfermera de instrumentos, al corazón/pulmón artificial y al anestesiólogo, haciendo de cada operación una obra de arte personal y única y una sola responsabilidad para todo cirujano que se respetara. Gracias a sus investigaciones —con colegas de la talla de Cyrus de Hellas, de Marte y el español Juan Menéndez— rediseñó los chips electroquímicos que controlaban media docena de desórdenes cerebrales y siquiátricos.

De hecho, tenía el Nobel de Medicina —edición 2250— por ello.

Es ocioso enumerar lo que yo había pasado para llegar hasta ese lugar, por el solo privilegio de verla operar.

Podía suturar y anudar con una sola mano mientras conversaba conmigo, atendía al nivel de oxígeno en la sangre, daba un par de órdenes a Botines y obligaba a sus micrótomos láser a seguir avanzando, haciendo una ruta enorme y microscópica para llegar al tallo cerebral humano.

—No te impresiones, Aaron— me guiñó un ojo— estás portándote como un inocente...

Para mi sorpresa, Botines rio, impersonal y metálicamente. Copiaba muchos gestos de la médica, incluso ése; no pude evitar un ligero temblor en mis labios, ocultos tras el tapabocas.

La parte trasera de la silla turca cedió al láser y nos vimos cara a cara con el tallo cerebral, operación imposible hacia tan solo ciento ochenta años, casi la edad de la doctora.

Un solo roce a éste habría provocado la muerte total; Edith había abierto camino sin tocarlo.

—Comenzamos a hacer resecciones de la silla turca hace aproximadamente veinte años, Aaron —yo grababa todo en mi chip de notas— como sabes, un roce de tan solo una micra puede matar más de diez mil brazos neuronales y arruinarnos el corazón o los pulmones... así que trabajamos con nanopinzas subatómicas, diseñadas por Rochester, para destruir el hueso y poder hacer las conexiones necesarias...

Detuvo la operación para demostrarme el procedimiento, grabado ya en una de las cuatro cámaras—ojos de Botines.

Lentamente, vi desintegrarse las capas microscópicas de hueso, mientras el láser avanzaba. Luego, la doctora me mostró una especie de chip, del tamaño de un anticuado timbre postal y del mismo espesor. Lo puso bajo el microscopio de campo magnético del enorme medibot y desplegó su imagen, que de repente se convirtió en algo parecido al mapa de una ciudad gigante.

—Sí, también nosotros pensamos en ello cuando lo diseñamos —sonrió la anciana, adivinando mis pensamientos— sólo que esta ciudad contiene una personalidad humana, así que tiene barrios bajos, gangsters, basureros, zonas de lujo y zonas de prostitución... no le falta nada, ni contradicciones.

—Pero...—mi confusión era enorme. Y mi asombro.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Sinceramente, doctora, usando la tecnología de chips fríos de germanio, ¡Es posible diseñar un ser humano perfecto, sin contradicciones! ¡Podría acabarse con una cantidad histórica de errores como especie!

—También yo creí eso, cuando era joven, Aaron —la doctora apagó el microscopio y se volvió hacia la operación— te lo

explicaré detalladamente. Un ser humano es un mecanismo que aprende a base de error. Ve a un animal, un león, por ejemplo; contempla la gracia de sus saltos, sus rituales de limpieza, de caza, de apareamiento —un vaso se rompió y cayó más sangre sobre el campo operatorio. Edith lo selló sin pestañear— si un león cometiera un solo error, digamos al saltar, al aparearse o al marcar su territorio, moriría mucho más temprano que tarde. El mecanismo del instinto es tan perfecto que no solo no comete errores; no puede cometerlos, Aaron, y es cruel, como el león macho que mata a los cachorritos que considera que sobran en la camada...

—¡Usted no puede decir eso, doctora! ¡Sabe que los seres humanos podemos ser infinitamente más crueles que su león hipotético!

—Botines, desenrolla esos dendriones con más cuidado, hijo, así... perdón, ¿me decías? ¡Ah sí! ¡La maldad del ser humano, absoluta y definitiva! No, no podemos corregirla... pero intentamos domarla; intentamos que aprenda de ese maravilloso mecanismo que es el error—acierto—error. Mira esto.

La pantalla del microscopio aumentó el campo operatorio enormemente. Una de las pinzas subatómicas separó un único brazo neuronal del grueso tallo.

Algo se movió bajo la verde sábana. Otras dos pinzas tomaron sendas fibras, el hipogloso se tensó y el cuerpo que estaba cubierto comenzó a aullar de forma impresionante.

—¡Detenga eso!— grité, aterrado.

La voz bajó al nivel de un gemido. La médica sonreía dulcemente.

—No te preocupes; no le he hecho ningún daño. Simplemente conecté sus unidades de voz a las de Botines y le ordené que gritara. Fue este quien lo hizo, no nuestro valeroso amigo bajo la sábana.

—¡Era su voz!

—Sí, pero bajo otras órdenes; no sufrió en absoluto. Puedes comprobar sus patrones cerebrales, si quieres.

Más porque la médica lo ordenaba que por iniciativa propia, leí los gráficos del encefalograma. Nuestro voluntario permanecía plácidamente dormido; ni siquiera su pulso se había alterado.

—Pero... si estos chips son capaces de regular el comportamiento incluso a niveles instintivos, ¿qué tan factible sería insertarlos en toda la especie humana? ¡Imagine eso, doctora!

La anciana rio hasta toser bajo su máscara estéril.

—Aaron, eres tan inocente, ¡tan utópico! ¿Cómo crees que reaccionarían nuestros colegas al ver esto? Nos llaman émulos de Frankenstein... suponiendo que sepas quien era él. Así que toda esta investigación ha tenido que ser cuidadosamente restringida; unos cuantos, el viejo Cyrus, Rochester y otros, además de Botines y tú mismo —su mirada me atravesó el cráneo como el láser lo hiciera con el paladar que teníamos a la vista— saben del funcionamiento de estos sellos. Y mucho más pocos aún, llevan uno puesto... de hecho, sólo la condición de muerte previa permite instalarlos ¡Oh, claro que pasan por la RCP antes! ¡No pongas esa cara! Botines se encarga del proceso circulatorio y de frenar el infarto cerebral masivo. Como puedes ver —señaló la pantalla del computador central de Botines— estos dendriones (cables diminutos con la quinta parte del espesor de un cabello) son conectados como extensiones de la capa neuronal superior de la corteza, de manera que dejamos que las funciones superiores se mantengan por sí mismas... y el chip controla el cerebro inferior, hipotálamo y tallo cerebral, el cerebro reptiliano y progresivamente, lo va domando con nuestro maravilloso mecanismo de aprendizaje, haciendo de la terrible maldad humana, de la agresividad, de la territorialidad, del salvajismo, armas lógicas de civilización...

Enmudecí.

Edith se mantuvo en silencio; acostumbrada a operar sola, me dejó pensar en paz, mientras continuaba las difíciles conexiones

al sello que Botines sostenía con amoroso cuidado en una de sus manos.

Por supuesto, era claro, incluso la No—Violencia necesita de territorialidad; la mínima negociación familiar requiere agresión ritual.

Instinto e inteligencia se complementan y sólo cuando la segunda se deja llevar por las necesidades sin errores del primero, el equilibrio se pierde.

La ecuación no era tan sencilla y por eso los chips electroquímicos, o Sellos Golem, como eran conocidos clandestinamente, no tenían un control completo sobre el ser humano al que devolvían la vida.

Porque se requiere un toque luciferino para finalizar los mejores actos de bondad humana; y hasta el infierno está empedrado de buenas intenciones...

—Quizá no has comprendido bien todo el proceso; te contaré una fábula... que sé bien que no repetirás...

Su mirada me atravesó solo breves instantes esta vez; estaba iniciado ya en el Secreto, de modo que no hablaría ni diría más. Mientras Botines hacía llegar los cables a las colas neuronales precisas, Edith empezó.

“Es una historia vulgar... como la de Abel y Caín; hablemos de dos hermanos. Uno de ellos, totalmente dotado de inteligencia, de capacidad, de las mejores cualidades del ser humano, contrapesadas con ese egoísmo sublime del altruismo, de la entrega al bien de los otros; llamémosle Emilio. Pues bien, Emilio logró con sus esfuerzos, todos sus propósitos y hasta algunos que no se había propuesto. Tenía un hermano, digamos Raoul; este chico era inferior incluso físicamente. Bajo, poco atractivo, lleno de complejos. Y ruin, vulgar, traidor, despreciable y absolutamente hipócrita. Raoul pertenecía a esa subespecie de nuestro género, marcada con atavismos religiosos, complejos de culpa, ambivalencias múltiples y otras lindezas.

“Una de ellas tenía que ser la envidia fraterna; aunada a su propio fracaso como ser humano...”

“Un día, con un pretexto cualquiera, mató a su hermano, el cual había llegado a ser uno de los principales líderes de su nación. Usó el pretexto de que Emilio se había vuelto un dictador y él debía liberar a su pueblo y otras razones parecidas”.

Noté el enojo de la anciana. Realmente debía conocer bien a los personajes de la fábula; con un gesto me señaló que terminara la anestesia.

—Yo quería mucho a Emilio. De hecho, fue mi primer marido y a pesar de nuestra separación, conveniente a sus fines políticos, nunca dejé de ser una leal seguidora de sus ideas —tosió un poco, y es que el quirófano estaba frío.

“Unas horas después de su asesinato, Rochester y yo lo intervenimos y salvamos. En esa época, el chip no estaba desarrollado al grado que te ha tocado conocer; de hecho, ni siquiera habíamos pensado en su diseño: Rochester se limitó a grabar en una oblea normal de silicio/germanio los viejos programas de aprendizaje del famoso Rabin, aquella serie interminable de diferentes latidos del corazón que todo aspirante a cardiólogo se ve obligado a aprender de memoria. Incluimos en la grabación algunas señales de habla y conectamos todo a una pseudoantena de germanio y ésta a una computadora. Insertamos el chip bajo el paladar por la distancia que había al tallo cerebral, aun cuando hicimos más daño que bien en esta operación y fue necesario hacer un clonaje de tejidos, más tarde. De momento, el truco funcionó y Emilio aparentó estar vivo; cuando Raoul lo vio reaparecer, sin ningún daño y desmintiendo el atentado, le facilitamos un suicidio indoloro. Y por supuesto, lo carbonizamos hasta la última célula, para que no dejara sus genes en clonación por parte alguna.”

Terminó, con un gesto hosco y de repulsa.

Jamás había escuchado así a esta mujercita, modelo de tolerancia, tan repentinamente furiosa con un pobre gay enclosetado y ya muerto.

—Y... ¿Qué fue de Emilio? —aventuré, tímidamente.

Edith terminó de hacer las últimas conexiones.

—Debo admitir que Raoul tenía algo de razón; efectivamente en sus últimos años, Emilio se había convertido en un dictador y comenzaba a traicionar sus propios ideales y su bondad, todos los valores que lo erigieran en líder.

Cuando hicimos su última gran transformación, ya sobre su cuerpo clonado y rediseñado el chip, ignorábamos la capacidad lógica de comportamiento de éste. Lentamente, Emilio fue retornando hacia sus principios y, cuando murió, definitivamente, su pueblo le honró como al gran líder que en realidad fue.

Gracias a él, éste quirófano existe y los chips Golem solo se insertan en seres humanos que tengan la valiosa capacidad de preservar lo mejor de nuestra especie, Aaron...

—Pero, ¿Cuáles son los criterios para juzgar esa capacidad?

Edith restituyó, molécula por molécula, la capa de calcio y reconstruyó la base de la silla turca, diríase que a pinceladas.

—No lo sabemos, Aaron; el chip está programado con las leyes elementales de la robótica y la suma de ellas más la inteligencia guardada en estos recipientes —señaló el cráneo— hacen el resto. Bien, está listo. Termínalo, Botines; estoy muy cansada ¿Te apetece comer algo, querido?

Di mi brazo, gentilmente, a la anciana médica y salimos juntos del quirófano. Botines se quedó en los últimos detalles que, algunas horas después, revivirían a un valioso ser humano. Tiramos los ensangrentados guantes en el reciclador, junto al quirófano.

—Doctora, hay alguna especie de registro o de...

—¿Te refieres a cuántos de los que ves por la calle son chicos nuestros? ¿Rehechos por nosotros?

—Sí, algo así.

Sin responderme, me llevó a otro piso. En la amplia sala solo había marcos vacíos, colgados de las paredes.

—Todos quieren permanecer en el anonimato, Aaron. Pero si eres capaz de reconocer el origen de estos marcos, sabrás a quienes pertenecen...

Y al menos uno de ellos era de teca hindú ¿Sería Swami Paraswimar, aquel émulo del Mahatma Gandhi y quien finalizó el conflicto nuclear India/Pakistan, un cyberGolem?

Y... ése hecho de granito rojo ocre, evidentemente marciano ¿Pertenece a Banthum Sarada, quien lograra la independencia de Marte de la Tierra? Y aquel otro...

Los detalles y las texturas de los marcos resaltaban como las nacionalidades y los nombres y las personalidades de los líderes, cuyos retratos estaban ausentes.

Y no solo eran políticos; ahí había médicos, artistas, científicos y hasta santos de varias iglesias.

Caminamos por la extraña galería hasta llegar a un extremo, en que el gran marco de corte colonial antiguo estaba velado, cubriendo un retrato que sí existía.

—Quizá le conoces... o quizá nunca le conociste, Aaron. No por el nombre de Emilio, pero gracias a él, tenemos este quirófano, los presupuestos que han pagado la investigación necesaria para corregir el chip Golem y para mantener ese perfecto mecanismo de aprendizaje y error que necesita la inteligencia, que se afianza en el instinto y que tanto ha contribuido al avance de la humanidad como especie. Has reconocido muchos rostros en esta galería — señaló la sala con su mano de larguísima dedos— a pesar de no haber visto un solo retrato; es justo que mires al creador de todo el orden que a tu generación, le ha tocado vivir. Conoces seguramente

la historia del Golem, un esclavo que el rabino Loew creo, hace cientos de años, para hacer los trabajos pesados en la sinagoga... —hizo una pausa teatral— todos estos seres humanos han hecho un magnífico y muy pesado trabajo; liberar a sus naciones, guiarlas, curar enfermedades irremediables, proporcionar consuelo espiritual, salvar especies animales de su extinción, son un ejemplo de lo mejor de la bondad humana, de la grandeza del instinto humano de permanecer y sostenerse frente a toda adversidad, incluso la autogenerada —Edith perdía años de edad conforme hablaba; retiró el velo oscuro que cubría el último retrato.

Era el rostro solemne de Aaron Emet Llianne, gobernante actual de la Tierra, con su edad presente, unos cincuenta años.

Estuve a punto de desmayarme al ver esa cara amigable, la del hombre que conocía como mi padre.

—...No puede ser— me escuché murmurar.

Y Edith siguió hablando, como desde una especie de niebla surgida de mi propio asombro.

—Por si no lo sabes, te diré que el Golem original se mantenía vivo, gracias a una inscripción que llevaba pegada en el paladar, una inscripción que, literalmente, ‘atraía las libres fuerzas siderales del universo’ y no necesito recordarte que la aleación de germanio y los dendriones funcionan gracias a los rayos cósmicos, que llueven de forma natural en todos los mundos... ¿Sabes, Aaron, que el sello se va disolviendo lentamente al pasar los años y los circuitos integrándose al hueso hasta que es imposible encontrarlo de nuevo? ¿Y qué lo mismo ocurre con los dendriones? ¿Qué, después de pasado un tiempo, es indistinguible un cybergolem de un ser humano normal...?

No pude contestar a la doctora.

Me pareció advertir en el retrato una pequeñísima sonrisa, copia de la mía propia, la de Aaron Emet, hijo.

Emet, como la inscripción que llevaba el Golem pegada al paladar y cuyo hechizo se borraba al retirar la primera E, quedando solo Met, muerto.

Sentí como si mis manos, mis piernas, fueran de barro; miré mis uñas perfectas y advertí en ellas el sello de la clonación y comprendí con asco, cual sería mi siguiente labor, por toda la vida que quedara en cada una de mis células, alternativamente.

No solo el infierno, la especie misma, estaba empedrada de buenas intenciones...

# Nave grande, ande o no ande

Tony Jim

*Tony Jim Jr, nacido en 1976 en Santa Coloma de Gramenet, es licenciado en Historia por la Universidad de Barcelona y actualmente reside en la capital catalana.*

*Fue articulista en Base Estelar, DATA, revista TGT.Press, y hasta la fecha ha publicado obras de ciencia ficción con toques de humor: Relatos del piloto Jim: Una odisea trek, Jim, héroe galáctico, Más Jim de lo que creéis y recientemente, Saltos y asaltos del piloto Jim. Sus relatos se han publicado en varias antologías así como en las revistas Alfa Eridiani, Relatos increíbles y Paralelo Sur.*

*Lo podéis encontrar en internet en su blog: [tonyjim.com](http://tonyjim.com)*

*Mail: [tonyjimjr@yahoo.es](mailto:tonyjimjr@yahoo.es)*

—Si quieren contratarme, entonces tendrán que aceptar mis condiciones —les dije a aquellos dos bolianos.

—Pero ya le hemos dicho, Sr. Jim, que en este caso no tiene sentido lo que nos pide. No necesita usted un copiloto, la nave está totalmente automatizada —explicó uno de aquellos hombres calvos de piel azul.

—Eso está bien, me parece estupendo que sea una nave automatizada, pero yo necesito un copiloto, y tendrán que aceptar esta condición si quieren tenerme a mí como piloto —dije yo.

—Es que no vemos la necesidad de ello, teniendo en cuenta, insisto, que la nave prácticamente funciona sola.

—Bueno, si necesito un copiloto, es asunto mío, entiéndanlo si quieren, como una manía mía.

—Está bien...

—Por supuesto, dicho copiloto lo elijo yo, eh.

—Como quiera, si quieren repartirse la mitad de su sueldo...

—No, no será necesario, tengo pensado llevarme una muchacha, que es una especie de becaria mía, que tengo como aprendiz, con pagarle el alojamiento y la manutención será suficiente...

—Bueno, ya sabe que se alojarán en la nave y que esta contiene raciones suficientes para la duración total del viaje e incluso unas semanas más...

—Sí, era consciente de ello. Ya me quedó claro que la nave también la ponían ustedes...

—Eso es, le proporcionamos la nave y tan solo tendrá que pilotarla llevando el cargamento que porta...

—Estupendo, partimos mañana por la mañana entonces...

—Eso es...

A la mañana siguiente me presenté en el astropuerto y pregunté por la nave de los bolianos, así que siguiendo las indicaciones no fue difícil encontrarla.

Era una nave enorme, como del tamaño de una ciudad de tamaño medio. Por suerte cerca de ella estaban los dos bolianos que me habían contratado.

—Buenos días, Sr. Jim, tan puntual como siempre.

—Así es. ¿Ha llegado mi copiloto?

—Sí, ya está dentro y en animación suspendida como estará usted buena parte del viaje.

—De acuerdo, veo que es una nave un tanto vetusta...

—Sí, así es.

—Un poco anticuada y enorme...

—Cierto.

—¿Les he hablado de mi mal de Ryoga?

—¿Qué es eso?

—Bueno, que me suelo perder en sitios tan grandes... En los pequeños también, pero eso aquí no creo que me pase...

—No se preocupe, hemos pensado en ello, así que le entregamos este manual de manejo de la nave, que viene con un completo mapa de la astronave... Además, hay varias indicaciones en la propia nave, carteles orientativos y si aun así, tiene alguna duda, el ordenador de abordo le ayudará en ello...

—Vamos, que la nave la puede pilotar cualquier chimpancé...

—Eso es, lástima que en nuestro planeta no haya ninguno...

—¿Qué insinúa?

—Nada, nada, era una pequeña broma.

—Mejor así, bueno, pues gracias por todo y ya hablaremos en mi lugar de destino.

—Que tenga buen viaje.

Y así entré en aquella enorme nave.

Programé las coordenadas de destino y me puse a dormir... Ya que por lo visto, aquella nave tan antigua no disponía de tecnología warp y funcionaba a velocidad sublumínica, por lo que los tripulantes debían permanecer en animación suspendida el tiempo que transcurriera el viaje.

Al cabo de unos minutos un zumbido me despertó... Realmente era un sonido bastante conocido y llegué a la conclusión que era un despertador... Dije aquello de cinco minutos más, pero el ruido persistió, así que alargue la mano para ver si lo localizaba para pararlo...

Pero nada... Así que me levanté...

—¿Qué es tanto escándalo? Así no hay quién duerma... ¿Dónde es el incendio?

—No hay ningún incendio —contestó una voz femenina algo metálica.

—¿Qué ocurre entonces?

—Nada. Es un control rutinario. Se debe despertar al piloto cada doscientos años para que compruebe que efectivamente todo está correcto...

—Ah, vale... ¿;Doscientos años?!

—Eso es...

—Vaya, está claro que voy a llegar tarde a la entrega...

—Probablemente. Aunque se trate de un viaje a velocidad sublumínica nuestro destino estaba a tan solo dos años luz, por lo que debíamos llegar en veinte años.

—Está claro, que por muchos conocimientos de historia y pilotaje que tenga yo, hay cierta tecnología alienígena que se me escapa... Y quizás programé mal el viaje...

—Datos insuficientes.

—Sí, seguramente habrá sido eso, dispongo de “datos insuficientes” para pilotar con corrección esta nave... Bueno, en cualquier caso, ¿así cuantos años nos quedan de viaje?

—Tan solo otros doscientos años.

—Tan solo, tan solo... Bueno, en cualquier caso, como te decía antes, está claro que ya voy tarde para entregar el cargamento a los bolianos... Por cierto, ¿cómo que los bolianos hacen el transporte en esta nave que parece tan antigua, que ni siquiera tiene tecnología FTL o similar?

—Los propietarios de esta nave son una sociedad con escasos recursos y esto es lo que han podido permitirse en cuanto a transporte espacial.

—Otro por cierto, ¿y tú quién eres?

—Evidentemente el ordenador de la nave...

—Ah

—Mi nombre es Hallie...

—¿Hallie? Es parecido al nombre de otro ordenador famoso...  
¿Eres de la familia de Hal 9000?

—No dispongo de familia, en el sentido biológico del término, aunque sí que pertenezco a la familia de computadoras Tsis´Klonton.

—Me he quedado igual, aunque esto de que no seas familia de Hal me alivia un poco...

—Datos insuficientes.

—Pues visto, lo visto, me vuelvo a dormir un rato...

—Negativo, aún no ha realizado el control rutinario del estado general de la nave.

—¿Y no lo puedes hacer tú?

—Efectivamente, pero el sistema está programado para que cada doscientos años se realice un control por parte de un ente biológico, al ser posible humano...

—Está bien, está bien... Ya que estamos, ¿cómo se llama esta nave? Diría que los bolianos no me lo comunicaron... A ver si la nave también va a tener un nombre ilustre...

—Nos encontramos abordo de La Madre del Amor Hermoso.

—Madre del amor hermoso...

—En efecto. Esta nave anteriormente perteneció al grupo religioso Las Hermanitas de la Santa Paciencia y el Santo Sepulcro Espacial.

—Eso digo yo, santa paciencia...

Así, revisé los controles y luego me puse a dar un paseo por la nave, como parte de la inspección rutinaria de la misma...

La nave tenía amplios pasillos metálicos, ciertamente mal iluminados, nada que ver con los pasillo de una nave espacial de la Flota Estelar.

Iba yo caminando tranquilamente, cuando oí en una curva del pasillo un sonido metálico, como de unos pasos... Como de alguien caminando por una de las rejillas que componían el suelo...

Me acerqué con precaución a la zona de dónde provenía el sonido y no vi nada, seguí el pasillo y volví a oír los pasos más adelante... Eran quizás unos ruidos más amortiguados si los comparáramos con el sonido de mis pasos... Quizás de alguien pequeño... Más pequeño que yo era extraño... ¿Quizás un niño? Seguí el sonido, pero al parecer “el niño” había girado por otro pasillo y cuando llegué a la altura del sonido ya no había nadie allí...

—Ostras, aquí hay más gente... Computadora, ¿cuánta gente hay en la nave?

—Defina gente.

—Reformulo la pregunta, ¿cuantos seres vivos hay en la nave actualmente?

—Cinco mil.

—Madre del amor hermoso...

—Efectivamente, nos encontramos abordo de La Madre del Amor Hermoso.

—¿Cómo es posible? Me dijeron que tenía que llevar una carga... No a unos pasajeros... ¡Y menos tantos como cinco mil! Sí lo llego a saber les cobro más a los bolianos... Espero que todos los pasajeros estén en animación suspendida, si no cuando llegue a destino, entregaré una carga de adorables abueletes bolianos o a las malas un gran cargamento de esqueletos...

Entonces volví a oír aquellos pasitos... Por lo que salí corriendo en su dirección... Al girar un pasillo me encontré un perrete sentado mirándome con cierta cara de extrañeza o eso me pareció...

No era un perro de raza conocida, era de tamaño medio y parecía un perro de esos sin pedigree.

Y entonces pensé:

—Un momento... Hallie, de los cinco mil seres vivos, ¿cuántos de ellos son personas humanas?

—Tres

—Eso me cuadra más, pues esos tres debemos ser mi copiloto... Yo... Y un tercero, que no sé, quizás sea un polizón o el dueño del perro o algo así...

Pues misterio resuelto... Claro, que entonces no iba a cobrar más por llevar pasajeros...

—Pues será hora de revisar la carga. Hallie, por favor, indícame el camino.

—Siga, por favor, la línea roja que verá en el suelo.

Y así hice. El perrete me fue siguiendo eso sí. Y así los dos llegamos a un gran almacén, un espacio enorme que estaba completamente... Vacío...

—Hallie, ¿dónde está la carga? Esto está todo vacío... No hay ni una sola caja.

—Error, al fondo a la izquierda encontrará la carga. En la esquina de la izquierda...

Después de varios minutos llegué a dicha esquina y en efecto, allá había una caja rectangular, bastante grande. La caja, por suerte, tenía una especie de ventanita de cristal en la tapa. Me asomé y para asombro mío me encontré con la cara de una bella mujer que parecía dormir.

—Vaya... En cualquier caso, misterio resuelto, de nuevo, ya tenemos a la tercera persona humana...

—En efecto, la carga consiste en esta persona humana.

—¿Me puedes dar más detalles de la carga por favor?

—En efecto, no veo porqué no...

—Ah, pensaba que era una carga secreta...

—No, se trata de la princesa Narika que debía ser transportada para ser coronada...

—Ahora, que lo pienso... Esta muchacha no es boliana...

—En efecto, se trata de la princesa Narika de Merenda III, que debía ser transportada para su coronación. Esta princesa se encontraba en el exilio y en dicho exilio contó con la ayuda de un grupo empresarial boliano.

—Ah, muy bien... Tendré que leerme más a menudo la prensa, que no tenía ni idea de quien era esta señorita...

—En efecto, dicha coronación fue anunciada en todos los medios de información espaciales del cuadrante.

—Me parece muy bien... Lástima que la princesa llegue un poco tarde a su coronación... Pero bueno, cuatrocientos años tampoco son tantos años...

—Ciertamente, tan solo llegará cuatrocientos años tarde.

—En fin, pues una vez hecha la revisión ordinaria, me vuelvo a dormir...

Así volví a la capsula de estasi y empecé a dormir de nuevo. Llevaba unos pocos minutos intentando dormir, empezando ya una fase de duerme—vela, cuando me sobresaltó de nuevo un zumbido electrónico de gran intensidad...

—¿Qué es ese ruido? ¿Ya hemos llegado? Pero si me acabo de acostar...

—No, no hemos llegado.

—¿Entonces?

—Tenemos una avería que requiere ser reparada, evidentemente.

—Pues manda a un robot de mantenimiento...

—No dispongo de ningún robot de mantenimiento, ni de reparaciones.

—Pues estamos apañados...

—El piloto de la nave debe tener unos conocimientos básicos de mecánica estelar...

—Pues despierta al piloto...

—Eso mismo estoy haciendo, le recuerdo que el piloto de esta nave es usted...

—Ostras, es verdad... Pero yo no tengo conocimientos mecánicos, ni básicos ni avanzados...

—Le tendré que indicar en ese caso lo que hay que hacer. Por suerte no es una avería muy importante.

—Veamos, ¿qué ocurre?

—Hay un par de relés que no funcionan...

—Pues vamos a ello, a ver si hay que cambiarlos o algo así...

Hallie, me guio nuevamente por aquella nave, esta vez al lugar donde estaba la avería.

—Ya veo lo que ocurre... Estos cables se han soltado...

—En efecto hay que recolocar los cables de los relés en el orden correcto para su funcionamiento...

—Pero estos cables parecen bastante rígidos, ¿cómo se han podido soltar?

—Sospecho que han sido las ratas...

—¿Ratas? ¿Ratas del espacio?

—Sí, la nave está afectada por una plaga de ratas, al pasar por esta zona han debido desconectar los cables...

—Pues suerte que no han roído los cables...

—No, no les gusta el saber de los cables...

—Ahora que pienso, ¿cuántas ratas hay en la nave?

—Por suerte solo hay 4.986 ratas actualmente en la nave. A pesar de ser un número escaso, han sido catalogadas como plaga.

—Ya me van cuadrando entonces los números... Aunque aún faltan unas diez “entidades vivas” para llegar a los cinco mil seres vivos de la nave... Claro, que con lo sucio que está esto seguro que deben ser cucarachas o algo así...

—Inconvenientes de no tener robots de mantenimiento y limpieza.

—Bueno, dime exactamente como he de reconectar los cables estos del relé...

—Se han de colocar en el orden correcto...

—Lo sospeché desde el principio... ¿Y cuál es el orden correcto?

—El orden correcto será verificado visualmente porque las luces rojas del panel pasaran a estar en color verde.

—Muy bien, como yo no veo desde aquí las luces esas, ve avisándome cuando se vayan poniendo verdes...

—Lamento informarle que mis circuitos ópticos no alcanzan la zona de luces, por lo que no le podré ir diciendo como me decía...

—Pues si tengo que ir probando combinaciones de todos estos cables y luego asomarme a ver como están las luces, me puedo tirar toda la eternidad...

—En efecto, si no se conectan los cables en el orden correcto no llegaremos a destino, ni siquiera en doscientos años...

—Claro, necesitaría alguien que me ayudara... Puedo ir al pasado para encontrarme con mi yo del pasado y pedirle que me ayude, aunque en el pasado no existiría esta avería... O quizás sí, o tendríamos que esperarnos a que pasara la avería y entonces seríamos tres, pues nos encontraríamos con nuestro yo del futuro... Esta idea me suena de algún relato de ciencia—ficción, claramente era de ciencia—ficción, pues no tiene mucho sentido y tiene mucho de ficción literaria...

—Si lo desea puedo despertar a su copiloto para que le ayude.

—Quizás pueda enseñar al perrete a que ladre cuando las luces estén en verde... Ay, no, calla, que ahora recuerdo que los perros ven en blanco y negro...

—Repito: Si lo desea puedo despertar a su copiloto... ¿Recuerda? Es aquella persona que eligió para que le ayudara...

—No, despiértame si acaso a la princesa, que trabaje un poco...

—Lo lógico sería despertar al copiloto, que por definición ha de ayudar al piloto...

—Ya, pero teniendo una bella mujer alienígena desconocida... Por supuesto la copiloto que me he traído es también bella, pero la tengo ya muy vista... Es ya conocida, otra cosa es que me acuerde o sepa su nombre, pero la conozco ya de hace más tiempo...

—No entiendo su razonamiento.

—No has de entender el razonamiento, despierta a la princesa y ya está...

—¿Seguro?

—Sí... ¿Aquí quién manda? A ver...

—Lamentablemente no disponemos de un capitán en la nave.

—Pues eso, donde no hay capitán, manda marinero...

—Desconozco esa expresión...

—Bueno, que no me voy a tirar aquí doscientos años discutiendo... Vamos a hablar con la princesa y que me ayude con los cables estos... Por muy princesa que sea, mientras no sea daltónica, me podrá ayudar con el tema de las luces de colores, digo yo...

Así me dirigí hasta el hangar donde dormía la princesa.

—Hallie, despierta a la princesa, por favor... Mientras le voy a dar un beso que por lo visto también es una manera de despertar a una princesa...

Al cabo de unos segundos:

—Oiga, ¿qué hace usted?

—Bueno... No es un beso de buenas noches, es para despertarse...

—Eso de ir besando a desconocidas no me parece nada correcto...

—Yo le conozco, usted es la princesa...

—Sí, pero yo a usted no le conozco...

—Bueno, le estaba despertando, con un beso... Es la manera tradicional de que el héroe despierta a la princesa...

—¿Ya hemos llegado para mi coronación?

—Pues no...

—¿Pues para qué me despierta entonces?

—Le necesito para arreglar unas cosas... La nave tiene una incidencia técnica...

—Creo recordar que en la nave hay también un copiloto...

—Exacto, el copiloto, es para copitolar...

—¿Y usted entonces quién es? No me creo eso que me dice que sea un héroe... Vamos, no tiene la pinta...

—Cierto, tampoco soy un príncipe pitufo... Vamos, un príncipe azul...

—¿Entonces?

—Soy el piloto...

—Vale, muy bien, pues arregle la nave...

—No dispongo ni de robots ni de personas cualificadas para ello... Solo tengo un puñado de ratas y un perrete... Así que intentaré arreglar la nave con su ayuda...

—Yo no tengo formación técnica...

—Yo tampoco...

—¿Entonces?

—Contaremos también con la ayuda del ordenador de la nave... Vamos, ¿no querrá llegar tarde a su coronación?

—Ah, sí... Bueno, desayunemos algo y pongámonos a trabajar... Me suena rara la palabra trabajar...

—No sé, será cosas de las princesas... ¿Pero ahora quiere ponerse a desayunar?

—Supongo que no nos vendrá de unos minutos y siempre que uno se despierta luego hay que desayunar...

—Eso sí, tiene sentido... Y tiene razón no nos va de unos minutos... O años quizás...

—¿Años? ¿Vamos a tardar años en arreglar la avería?

—No creo... Perdona, que estaba yo pensando en otra cosa... Bueno, pues... Ahora no sé cómo decírselo... Pero hemos tenido otro tipo de incidencia, que nos va a retrasar unos cuantos años...

—¿Años? ¿Unos cuantos años? Debo estar a tiempo para la coronación... ¿Cuánto llevamos de retraso?

—De momento unos doscientos años, pero tranquila, que en otros doscientos llegamos seguro... Bueno, si antes hacemos la reparación, claro...

—¡Madre del amor hermoso!

—En efecto, nos encontramos en La madre del amor hermoso —dije.

—No, si ya lo sé... Era una exclamación de sorpresa... No puedo tardar cuatrocientos años en llegar a mi planeta...

—Tranquila... Estoy trabajando en ello...

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Antes me pareció tener una idea al respecto... Ahora con el lío este de las luces y la princesa, se me ha ido de la cabeza, pero enseguida me volverá...

—¿Cómo? Una cosa tan importante y ¿se le olvida?

—Ah, bueno, es verdad, que no recordaba que no nos conocíamos... Es que habla usted igual que cierta amiga mía y parece que la conozco de hace tiempo... Como doscientos años, mínimo...

—No es momento de bromas...

—Sí, perdone, ya le digo, usted no lo sabía, pero he de confesarle que sufro de amnesia selectiva...

—¿Y dice que usted es un héroe?

—Galáctico, sí.

—¿Y también me decía que era el piloto?

—También, una cosa no quita la otra...

—¿Y sufre de amnesia?

—Selectiva, sí.

—Madre del amor hermoso...

—Ahora no hablamos de la nave, ¿no?

—No... Ya sabía yo que aliarme con bolianos no era muy buena idea...

—Bueno, tranquila, el mal ya está hecho... Vayamos a desayunar con calma...

—Sí, claro, con calma... Tenemos doscientos años para llegar...

—Sí, bueno, eso, si me ayuda con las reparaciones de la nave, claro...

—En fin... Si he sobrevivido al exilio durante varios años... Supongo que cuatrocientos años también los podré aguantar...

—Eso es, esa es la actitud... Ya verá que después de desayunar ve las cosas con más optimismo todavía...

No sé muy bien por qué, pero para encontrar el comedor no necesité la ayuda de Hallie.

Tras el desayuno la princesa parecía un poco más tranquila. O al menos resignada...

Así que fuimos dando un paseo hasta los relés estropeados:

—Es muy fácil, yo manipularé estos cables, mientras usted está aquí mirando estas luces y cuando se enciendan en verde me avisa, ¿entendido?

—Sí, es fácil realmente... A ver si se piensa usted que porque yo sea princesa soy medio lela...

—No, para nada, que ya sé que las princesas son también muy inteligentes... Recuerdo el caso, por ejemplo, de una princesa mapuche que conocí hace unos años... Se trataba de...

—No me suelte uno de sus rollos, que ya le voy conociendo, que ha estado todo el desayuno explicándome “batallitas”...

—Vale, vale, ya me callo y me pongo con los cables...

Al cabo de un par de minutos:

—¿Se enciende alguna luz? —pregunté.

—Ahora sí, ahora no, ahora sí, ahora no...

—Pero que dice, si ahora mismo no estoy tocando ningún cable...  
A ver déjeme ver... —dije asomando la cabeza para ver las luces.

—Ve, ahora sí, ahora no.

—Ah, ya veo, que son luces intermitentes...

Y así fuimos haciendo hasta que todo quedó con luces verdes.

—Bueno, esto ya está... Vamos a dar una vuelta y le enseño la nave...

—¿No tendría que irme a dormir de nuevo?

—Tranquila, que tenemos tiempo de sobra...

—Oh, sí, es verdad, ya no me acordaba...

—¿Sufre usted también de amnesia selectiva?

—No, pero hay cosas que preferiría olvidarlas...

Estuvimos varias horas deambulando por la nave:

—Pues esto es básicamente lo que hay en la nave...

—Pero si solo me ha enseñado la sala de control y el hangar...

—Bueno es lo que conozco de la nave... Y el comedor, no se olvide del comedor..

—Ya veo...

—En la nave aparte hay otros seres vivos, básicamente bichos y ratas... Por lo que tengo entendido son lo que más abundan...

—Lástima no tener un gato...

—Sí, eso estaría bien, para ver si evoluciona como el Gato del Enano rojo...

—No conozco a ese Enano...

—Es una nave muy conocida, también de estas grandotas... Ah, sí, tenemos también un perrillo, lo que no sé por dónde anda y no sé si evolucionará tan rápido como un gato...

—Bueno, pues ahora sí que creo que tendría que irme a dormir...

—Hay un tema un tanto delicado...

—¿Cuál?

—El tema de la repoblación de la nave...

—¿Repoblación? No creo que se tenga que repoblar una nave... Vamos, no suelen estar pobladas, por lo que no es necesario volverlas a poblar...

—Bueno, está claro, que si solo hay un hombre y una mujer...

—No me gusta el cariz que está tomando la conversación...

—Tiene razón, hay otra mujer en la nave, que es la copiloto, pero no creo que sea necesario despertarla en estos momentos... Luego más tarde si eso, cuando pasen unos años...

—Ciertamente, aunque estemos en una nave de velocidad relativista, no se trata de una nave generacional, por lo que el número de individuos que estemos en ella no ha de influir en nada...

—Sí, aunque tardemos otros doscientos años en llegar, podemos sobrevivir ese tiempo durmiendo plácidamente... No es necesario que nos distraigamos con otras... Actividades...

—Eso es, así que será mejor que volvamos a nuestras cámaras de sueño, que nos queda todavía un largo viaje... Así que vamos a acostarnos... Cada uno en su cama, eso sí... —dijo la princesa.

—De acuerdo, de acuerdo.

Y así volvimos cada uno a su sarcófago de animación suspendida.

Empezaba ya a adormilarme, cuando volvió a mi mente una idea que tenía medio olvidada... Claro que si me dormía de nuevo del todo, ya no me volvería a acordar hasta después de doscientos años o más... Así que pegué un vote e interrumpí el proceso de animación suspendida.

—Señor Jim, ¿qué ocurre? —preguntó Hallie, la computadora de la nave.

—He tenido una idea... Bueno, creo que la tuve antes, pero ahora la estaba recordando...

—No puede interrumpir el proceso de animación suspendida así como así, no es como si se durmiera, realmente.

—Perdona Hallie, pero es que es una cosa bastante importante... Se me ha ocurrido una idea para solucionar este tema...

—¿Qué tema? No hay nada que solucionar. Ya arregló el tema de los relés de la nave, ¿no lo recuerda?

—Sí, sí, me refería al otro tema...

—¿Qué otro tema? No tengo constancia de ninguna otra avería.

—El tema del viaje en sí...

—Seguimos el rumbo correcto, el viaje marcha correctamente.

—Bueno, quizás programé mal el tiempo de viaje... Tenía que llegar antes de cuatrocientos años, eso seguro... Por muy lenta que sea la nave, había una ruta más corta que llevaría menos tiempo...

—Ciertamente. Aunque ahora ya es demasiado tarde, a no ser...

—Eso es... Tengo la manera de solucionar el error inicial...

—¿Tiene pensado viajar al pasado para advertirse a sí mismo de que debe introducir los datos correctamente?

—No, eso provocaría una paradoja, no puedo encontrarme conmigo mismo en el pasado...

—Por cierto, estamos partiendo de la premisa que tiene usted la capacidad de viajar en el tiempo... Cosa qué...

—En efecto, tengo esa capacidad... Bueno, yo innatamente no, pero llevo puesto mi TUP...

—Desconozco el significado de tub

—Es un dispositivo para viajar en el espacio—tiempo.

—¿Y qué hace usted entonces en una nave?

—Soy piloto de naves, no de tups, aunque lo tengo bastante dominado, eso sí... Además, lo cierto es que me pagan bastante bien por pilotar esta nave... Por llevar el TUP de momento no me pagan nada...

—Y bien, ¿cuál es su idea?

—Ves despertándome a la princesa y te cuento...

Y así volví de nuevo al hangar de la nave. Busqué el nicho de la princesa, levanté la tapa y me puse a zarandearla...

—Eh... Ah, de nuevo el acosador... Digo, de nuevo el piloto de la nave...

—Sí, soy yo el piloto...

—No pienso repoblar nada con usted...

—No, le despierto por otro motivo...

—¿Qué ocurre? ¿Más luces para arreglar?

—No, se me ha ocurrido una manera de que llegue a tiempo a su coronación...

—Está usted más loco de lo que creía.... La coronación fue hace doscientos años...

—Mire, tengo esto para solucionarlo...

—Oh, un reloj muy bonito, pero no veo en que nos puede ayudar...

—En realidad es un TUP

—¿Un tub?

—¿Qué pasa? ¿Qué no pronuncio bien las pes? Es un TUP, es un dispositivo de desplazamiento espacio—temporal...

—Ah...

—Agárrese a mí, que vamos a viajar hasta su planeta....

Y así activé el TUP y nos desplazamos hasta el momento de la coronación en el planeta de la princesa...

—Pues ya hemos llegado...

—Oiga, ¿y qué pasa con el perrete?

—¿El perrete?

—El que me dijo que estaba en la nave...

—Pues no sé, si ha sobrevivido más de doscientos años, no le vendrá de doscientos más...

—Si usted lo dice...

—Ostras, lo que me preocupa ahora más es que en la Madre del amor hermoso se ha quedado mi copiloto...

—Pues vaya...

—Sí, ya sabía yo que me dejaba algo... Cosas de la amnesia selectiva, supongo...

—Bueno, pues vuelva a por el perrete y el copiloto suyo...

—No puedo, al ser la nave el punto de destino y estar esta en movimiento no puedo fijar correctamente las coordenadas espacio temporales...

—Pues vaya faena...

—Sí, este dispositivo se desarrolló inicialmente para viajar entre planetas, que están más o menos quietos, o más bien que siguen una órbita determinada, para naves en movimiento no sirve...

—Bueno, me voy a la coronación, gracias por todo...

—De nada, era mi trabajo... En cuanto a lo de mi copiloto, de momento no me queda otra que esperar... A ver si se me ocurre algo... Si no, tendré que esperar como doscientos años... Y sin cámara de sueño... Oiga, ¿no querrá usted mientras tanto repoblar el planeta este? Ya que estamos...



# Naturaleza muerta

Lola Robles

*Lola Robles (Madrid, 1963), es licenciada en Filología Hispánica. Ha publicado las novelas de ciencia ficción La rosa de las nieblas (1999), El informe Monteverde (2005) y Flores de metal (2007), y el libro Historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible (Stonewall, 2013, coescrito con M<sup>a</sup> Concepción Regueiro), además de numerosos cuentos en antologías y publicaciones especializadas.*

*En el campo de la investigación literaria se ha especializado en autoras españolas de ciencia ficción y fantásticas, feminismos y teoría queer. Su última publicación ensayística es En regiones extrañas: un mapa de la ciencia ficción, lo fantástico y lo maravilloso (Palabaristas, 2016). Desde 2006 imparte el taller Fantástikas, de lectura y debate sobre géneros no realistas.*

*Blog de Lola Robles: Fantástikas: <http://escritorasfantastikas.blogspot.com.es/>*

## I

Luz azul que envioletece con un fulgor de purísima amatista. La tarde ha sido de oro, cálida como el ámbar, dulce como la miel. Se agradece esa tibieza, es casi voluptuosa. En mi mesa habrá hoy vino, vino color topacio, frío al paladar. Habrá música, mantel blanco, cena y traje de fiesta. El insomnio es una fiera y he aprendido a amansarla. El cielo ahora se entinta de añil, voy a encender las luces. Tres momentos en el día para pasear entre vitrinas, minerales y rocas: en el pálido amanecer, al declinar la tarde, y en este instante justo, cuando los focos disipan las tinieblas. Busco las muestras en los estantes, en la palma de mi mano las sostengo. Me dejo seducir por su color, su transparencia, su frío tacto, su brillo. No hay nada tan hermoso en el mundo.

Del color de la sangre es el rejalgar, fascinadora amenaza de arsénico y azufre, al cual la luz del sol que destruye a los vampiros

de labios carmesíes, transforma en dorado oropimente, que iluminó los libros medievales. También es rojo el duro corindón, que a veces solo alcanza el grado de esmeril y otras sin embargo deviene oceánico zafiro, o rubí, luz de las venas. Y es púrpura el cinabrio, donde está contenido el mercurio, resplandeciente sueño imposible de hacer sólido.

Para quien ame los verdes tendrá la esmeralda, a la que siempre he temido, pues concentra en su hermosura los peligros selváticos y la frialdad de la menta. Y el olivino mostrando el áureo verdor de Sicilia, la isla que los griegos amaron como si fuera suya.

La transparencia de lágrima, el brillo antártico, no se encuentran solo en el diamante tan bello y tan puro, sino en los prismas de cuarzo cristal de roca, y en el humilde yeso que la naturaleza prodiga, perfeccionándose en el alabastro y la rosa del desierto.

Gemas, piedras preciosas, metales nativos, joyas amadas por los faraones y los alquimistas, los autores de lapidarios y los geólogos.

## II

Por las noches subo a la azotea del museo. Contemplo desde allí la ciudad cada vez más oscura. Nadie enciende las lámparas, ya no llegan noticias. A veces veo figuras lejanas. Sé que son viejos, solitarios como yo. No más quedamos nosotros. Los jóvenes y niños murieron enseguida. Ningún meteorito los hubiera matado, a pesar de los cuentos que corrían. Ningún sistema cristalino, inorgánico y muerto, hubiera sido destructor para ellos. Lo logró un solo virus llegado del espacio. Feroz e incognoscible. No más nos salvamos los apartados del mundo, los lobos ermitaños.

Sobrevivirán las catedrales de oro; el cobre, el bronce no, el hierro, no el acero; las cordilleras y sus cumbres nevadas, los mares y los ríos, las tempestades, los bosques y los prados, las estepas,

los olivos, los volcanes, los cálices, el potro y la pantera, el león y el cordero, el cuervo y la ballena, pero nosotros, no. Nosotros ya hemos muerto.

Nunca pensé que el final fuera esto: mediodías de sol y desolados, un largo crepúsculo tranquilo, un apocalipsis melancólico, esta mineral resignación.



## Catgut

M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón

*M<sup>a</sup> CONCEPCIÓN REGUEIRO DIGÓN: (Lugo, 1968). Autora bilingüe en gallego y castellano, multitemática y con especial querencia por la Ciencia—Ficción. Entre su obra destaca: tempos agradables, un marciano neste mundo, o tesouro das ánimas, a herdanza do marqués, a cerna do segredo, la estirpe de Tordón, vistas al río, la moderna Atenea y reclutas de guerras invisibles, además de la antología de relatos historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible, coescrita con Lola Robles. También junto con Lola Robles fue seleccionadora de la antología Visiones 2016, de la AEFCFT.*

*Correo: conchi.regueiro@gmail.com*

Las mujeres del pueblo la habían recomendado, y por eso Amarilda subía aquella mañana de domingo la cuesta hacia la Casa Verde.

Recordaba cómo había hecho ese mismo camino de niña acompañando a su madre para llevar la leche diaria a doña María, la anterior habitante de aquella vivienda, cuando el pueblo aún no se había convertido en los restos enmohecidos de pasados sin esperanza y el inmenso caserón sobre la loma era el punto de calidad de las escasas construcciones que desde allí arriba se podían otear.

Doña María se había marchado meses atrás, en el mismo carro donde se habían amontonado de cualquier manera sus avejentadas posesiones, tras vender ese último resto de su herencia familiar a aquel hombre de gesto taciturno y escasa capacidad social. Si en el pueblo hubiese habido ánimo de cotilleo, más de una y de dos bocas habrían parlotado sobre lo curioso del nuevo vecino, del que sólo habían conseguido quedarse con su

nombre, Víctor (o don Víctor, según el nivel de respeto), pero los diferentes quehaceres de la supervivencia evitaban cualquier comentario carente de utilidad. Únicamente torcieron el gesto al enterarse de que también traía el servicio, un viejo de mirada agria y figura contrahecha que, sin embargo, se movía con la presteza de cualquier joven. Habrían preferido que hubiese contratado a alguien del pueblo, pero ese deseo pronto quedó olvidado tras percatarse del carácter esquivo de los habitantes del viejo caserón.

Por eso, sorprendió tanto que aquella mañana el criado se acercase hasta el mercado semanal con lo que intentaba ser una sonrisa pero que en su cara de facciones duras resultaba un gesto amenazador y que, tras comentar con un par de vendedoras y sus clientas las bondades de los productos ofertados, lanzase la pregunta hipócritamente descuidada sobre costureras del lugar. Según explicaba, su patrón quería arreglar un montón de cosas de la vivienda y necesitaban a una persona con suficiente experiencia con diferentes tipos de hilos y de agujas.

Tras un intercambio de miradas astutas, el grupo de señoras señaló al unísono a una joven: la sobrina de Ana, la antigua costurera. El sirviente escuchó con lo que parecía sincera atención la historia de la muchacha, hija única de una familia humilde, huérfana desde los diez años y luego criada por la hermana de su madre, quien le enseñó todos los secretos de su oficio de costurera, en el que la buena mujer era la mejor de la comarca, según un montón de voces ponderadas, afirmación ratificada de inmediato por otro nuevo montón de mujeres que se acercaron con curiosidad a aquel debate improvisado.

Por desgracia, Amarilda parecía condenada a perder a sus seres queridos y hacía un año su tía había fallecido en un horrible accidente en los acantilados que bordeaban el pueblo. En este punto, las diversas narradoras alababan, entre admiradas y morbosas, el temple de la joven, quien se había encargado sin ayuda de la preparación del cadáver, muy destrozado debido a

las gravísimas lesiones sufridas en la caída, loando a continuación sus arrestos para acabar de coser a toda velocidad el vestido que le estaba haciendo en esos días y con el que finalmente fue enterrada. Aseguraban que era una obra de arte, más propia de cualquier boutique de París, y el hombre asintió con gesto de satisfacción.

Concluyeron con la sugerencia unánime y urgente de que la llamase lo antes posible, pues algunas creían que más pronto o más tarde Amarilda abandonaría aquel sitio arruinado para irse a trabajar a un taller de costura de la ciudad, y podían asegurarle sin temor a equivocarse que no iba a encontrar a nadie mejor en muchos kilómetros a la redonda, así que, tras agradecer la información facilitada, el sirviente partió a llevar el recado a su patrón.

El resultado final era esa joven de manos hábiles llamando por fin en la puerta del antiguo domicilio de doña María. Contra las más básicas recomendaciones de las buenas maneras, había llegado comiendo una manzana robada en uno de los frutales que bordeaban el tramo final del camino y preguntó por el dueño con la boca llena y también masticando se encaró con quien quería contratarle. Víctor la miró con desagrado, molesto ante esa falta de educación, pero, tras carraspear un par de veces, la invitó a sentarse en su despacho.

—Bueno, señorita, la gente del pueblo dice que usted es capaz de coser cualquier cosa.

—Me apaño bastante bien, sí —contestó con descaro la joven.

—Hay que ocuparse de la ropa de la casa, desde sábanas y cortinas a variadas piezas de vestimenta, es bastante trabajo y prometo pagarle bien, pero con una condición.

—Pues usted dirá.

—Quiero que cosa aquí, en esta habitación.

—Oiga, que yo soy muy honrada, no le voy a sisar ningún material ni nada de eso —protestó indignada—. Y tampoco

le voy a consentir nada, que yo sólo soy costurera, no soy una cualquiera —concluyó, furiosa.

—Créame, estoy convencido de ello —atemperó el dueño de la casa con gesto muy serio—, y entiendo su intranquilidad, pero usted viene a la casa de un caballero, no tiene nada que temer en absoluto, le doy mi palabra de honor.

—No sé yo...

—Sólo necesito que esté aquí durante las horas del día, quiero que trabaje con la luz del sol —continuó justificándose el hombre—, así que ya ve que es todo muy inofensivo. Por otro lado —masculló mientras le tendía un trozo de papel con una cantidad anotada—, me gusta pagar bien a la gente que trabaja para mí.

Amarilda había perdido el aliento ante tamaña generosidad de cifras. Ni su tía en sus mejores tiempos se había acercado de lejos a un pago tan exorbitante, y eso que había trabajado para las mejores casas y en épocas de mejores oportunidades. Recordó con tranquilidad la navaja herencia de su padre que podía llevar disimulada en la cinturilla y aceptó con rapidez.

El trabajo desarrollado durante ese mes sólo podía ser calificado de extraño. Estaba en la casa de lunes a jueves durante las horas centrales de la mañana, cosiendo todo lo que le dejaban sobre una mesa con unas sucintas anotaciones sobre el montón. Durante la primera semana, aburridos dobladillos de cortinas y sábanas amarillentas que ella completaba velozmente frente al inmenso espejo de la estancia mientras canturreaba por lo bajo, pues enseguida comprendió que en aquella casa estaba proscrita cualquier manifestación de alegría, pese a que el silencio no fuese precisamente su característica básica, como demostraban el conjunto de ruidos extraños que parecían provenir del desván o, en palabras del criado malencarado, del “gabinete del señor”, pero eso ella prefería no valorarlo, en respeto al viejo principio familiar del oír, ver y callar que tan decentes resultados les había dado siempre.

En cambio, a la segunda semana ya empezaron a ordenarle cosas más peculiares, como aquellas camisas de tamaños imposibles, más propios de cualquier gigante de cuentos infantiles y que ella completó también a buena velocidad. Ardía en deseos de preguntarle al empleado o al propio don Víctor las escasas veces que se cruzaba con él, pero la inveterada discreción de la familia acababa imponiéndose, así que prefería guardar silencio. En seis días de trabajo había juntado más dinero que en, por ejemplo, el par de meses aciagos en los cuales había tenido que confeccionar a toda prisa el ajuar de la cursi hija del alcalde, lo que hacía recomendable continuar con esa práctica.

Fue hacia el final de su cuarta semana, cuando ya se enfrentaba a la confección de unos pantalones con unas perneras casi tan largas como ella, que sucedió lo que ya imaginaba como su motivo de despido fulminante. Una rata de dimensiones considerables salió de debajo de uno de los muebles y comenzó a pasearse de una forma casi desafiante por la habitación. Ella no lo dudó: en un salto agarró un atizador de hierro de la chimenea y se lió a golpes con el animal hasta dejarlo convertido en una masa sanguinolenta. Justo en ese momento entró el criado malencarado, quien observó con curiosidad la escena.

—Lo siento, era una rata, no las soporto —se justificó ella, aún entre resuellos—, si me deja una escoba y un recogedor, yo me encargaré de todo —se ofreció.

El sirviente salió en silencio para volver al cabo de unos minutos con las herramientas de limpieza encargadas que le tendió en silencio y que ella utilizó atropelladamente. Sobre la alfombra quedaban restos de sangre que se comprometió a limpiar, pero aquel hombre le dijo que no era necesario y que podía retirarse por ese día una vez hubiera echado los restos en el cubo de la basura. En su tono parecía haber incluso una simpatía desconocida en todos esos días, pero no estaba para esas valoraciones y prefirió cumplir con lo que se indicaba.

En la puerta se topó con el señor de la casa. Supuso que ya habría sido informado del incidente y que, como mínimo, le echaría

una buena regañina, cuando no la despediría directamente. Por el contrario, Víctor la saludó con una amplia sonrisa, y le ofreció un extraño carrete de hilo, desconocido en su grosor y textura, con el que debería hacer una prueba con un par de trozos de unos tejidos igual de desconocidos allí mismo. Si el resultado era de su agrado, le haría el encargo definitivo, “ese con el que sueña cualquiera”.

Amarilda cogió el material y empezó con la tarea. Sus reticencias ya estaban a un nivel superior a cualquier media imaginable, pero por encima de ellas se encontraba la codicia como nunca antes había experimentado. Había amasado una buena cantidad de dinero por unos trabajos rutinarios aunque raros, por lo que suponía que ese encargo tan específico sería el no va más en cuanto al pago. Así, mientras daba puntada tras puntada sentada en el incómodo taburete, hacía cuentas sobre los diversos negocios que podría montar, a cada cual más extravagante. Iba ya por el diseño de su tercera boutique en la ciudad cuando consiguió acabar con el trabajo.

—Está pero que muy bien —la alabanza de Víctor le trajo de vuelta de sus cavilaciones.

—Gracias, señor —farfulló con cierta timidez.

—Mañana, a primera hora en mi despacho —se despidió el señor al tiempo que le abría la puerta.

En ese mismo instante, Amarilda tuvo la completa consciencia de que en definitiva algo muy raro pasaba con aquella gente, pero el repaso por cada uno de sus imaginarios establecimientos le hizo rechazar esa apreciación con desgana.

—Señorita, he podido comprobar que los comentarios sobre su trabajo eran totalmente acertados: es usted una costurera magnífica —afirmó don Víctor repantingado en su silla.

—Gracias, señor. Se hace lo que se puede —farfulló Amarilda con prevención.

—Oh, vamos. No sea modesta. A la vista está que usted es capaz de coser cualquier cosa.

—Bueno...

—Además de que es una mujer valiente, que no le importa ensuciarse las manos y enfrentarse a las cosas feas, ¿verdad?

—¿A qué se refiere? —saltó ella en alerta.

—Sólo hay que ver con qué arrojo se encargó ayer de ese roedor que invadió la estancia —Amarilda supuso que se estaba refiriendo a la rataza que había machacado a golpes el día anterior—, y Igor me ha contado cómo preparó con cariño el cuerpo de su infortunada tía. Son cosas que indican a las claras sus arrestos.

—¿Y a ustedes qué les importan esas cosas? —protestó Amarilda, definitivamente horrorizada— Yo estoy aquí para coser, ni se le ocurra decirme que le haga otra cosa o sabrá quién soy yo.

—Oh, vamos, tranquilícese. Sólo quiero que siga cosiendo para mí, se lo aseguro —la tranquilizó el dueño de la casa—. Me consta que es una buena trabajadora que sólo se ocupa de sus asuntos, lo he podido comprobar sobradamente estos días, de ahí que quisiera que viniese a trabajar aquí.

—Vale —aceptó ella con desconfianza, aun sujetando con discreción la navaja de su cinturilla.

—Así que ahora quiero que haga lo que de verdad necesito, pero, antes de nada, quiero que me prometa solemnemente que nunca dirá ni una sola palabra de todo lo que vea o se hable aquí, ni una sola.

—¿Y con quién iba a hablar yo, si vivo sola y apenas me trato con nadie del pueblo? —avanzó Amarilda con demasiada alegría.

—Le voy a pagar una cantidad que ninguno de esos pobres desgraciados de sus vecinos podría nunca imaginar, pero necesito su compromiso de discreción absoluta.

—Le juro por mis difuntos que no voy a contar nada a nadie, que me muera ahora mismo si no es cierto —aseguró la joven en el

tono más grave mientras volvía a imaginar emocionada la cadena de tiendas de alta costura que montaría con el dinero—, ¿de qué se trata?

—De ser por un día los sumos creadores —contestó misteriosamente Víctor.

Amarilda estaba cosiendo en posturas realmente forzadas, pero eso no le preocupaba, tenía tal habilidad con las agujas que habría podido respuntar colgada boca abajo en un trapecio del circo. Tampoco le preocupaba excesivamente todo el espectáculo de vísceras y carne viva. Nunca había sido una persona escrupulosa, y cualquier resto de prevención ante las manifestaciones más extremas del interior de los cuerpos había quedado definitivamente liquidada la madrugada en que habían dejado sobre la mesa de su cocina el cadáver destrozado de su tía y ella había conseguido recomponerlo de una manera casi milagrosa y, aunque sí que le había planteado un pequeño conflicto ético el objetivo final del experimento que se escondía en la planta alta de la mansión, ella enseguida resolvió el asunto con la fácil justificación de que estaba haciendo su trabajo, sólo que con unos materiales inverosímiles con los que nunca había trabajado, ni contaba volver a hacerlo. Así, todo ese proceso posterior de dar vida por medio de la electricidad a aquel ser enorme que parecía yacer en trozos sobre la mesa de la sala quedaba reducido a asuntos del señor de la casa que a ella poco le importaban.

Lo que de verdad le preocupaba, aunque en el conjunto de todo el terrible plan pudiese parecer una nadería, era hacer su trabajo lo mejor posible. Aquel hilo que Víctor llamaba catgut no le ofrecía mucha confianza, y los puntos con los que unía aquellos labios de piel fría no ofrecían el aspecto por ella deseado. Ante todo, era una profesional que no soportaba las chapuzas, y por eso no se cohibió en dar dos o tres respuestas cortantes a su pagador cuando este le importunó con las prisas por acabar antes de que se desencadenara la tormenta que llevaba días esperando. Se trataba de rematar la

tarea lo mejor posible y únicamente cuando consideró que así era se dio por satisfecha, justo cuando empezaban a sonar a lo lejos los primeros truenos.

Se apartó un par de pasos para comprobar el resultado: era impresionante, había conseguido que la superficie de aquel cuerpo mastodóntico apenas mostrase las enormes cicatrices que deberían esperarse de una unión contra natura de extremidades y órganos de diversos cadáveres. Pese a lo aterrador de la escena, ella pensó que era el mejor trabajo de su vida y lamentó haberse comprometido a guardar silencio porque era en verdad un resultado del que presumir con cualquiera.

Un violento relámpago iluminó toda la estancia y la sacó de golpe de su ensoñación.

—La tenemos encima —informó Víctor—. Ahora usted debe irse.

—¿Y mi dinero?

—¿No ve que estoy muy ocupado? —protestó él mientras colocaba diversos cables y bornes por el cuerpo de la mesa—. Pase mañana a primera hora y arreglaremos cuentas, pero ahora, váyase.

Amarilda accedió a hacer lo que le decía, no muy convencida, pero sobre todo empujada por el temporal que se estaba desencadenando y que le obligó a volver a la carrera a su casa, empapada y con el temor a ser alcanzada por un rayo de los muchos que estaban cayendo en los alrededores.

Ya seca y en su cama, determinó que no tenía que preocuparse por lo que se le adeudaba pues, al fin y al cabo, aquel caballero había cumplido con su palabra en las ocasiones anteriores y lo más seguro era que continuase haciéndolo al día siguiente, pero unos nervios de origen desconocido no dejaron de torturarla toda la noche, aunque ella prefirió quedarse con la idea de que eran debidos a la inquietud por su dinero.

A las ocho en punto de la mañana estaba llamando con energía en la puerta de la Casa Verde, pero nadie acudió a abrirle. Empezaba a maldecir su suerte cuando le llegaron ruidos desde la parte trasera y decidió irse hasta allí.

Víctor cargaba con prisa el tílburí, más preocupado en embutirle todo el equipaje lo antes posible que en disponerlo de la manera más cómoda para los viajeros que lo pudieran ocupar.

—Hola, Amarilda. Tiene su dinero en un sobre ahí encima —dijo el señor por todo saludo—. Cójalo y váyase.

—¿Y su criado? —preguntó ella mientras obedecía, extrañada ante toda aquella escena.

—Ha huido, como voy a hacer yo, y como debería hacer usted —farfulló Víctor con un hilo de voz.

—¿A qué se refiere?

—A que hemos desencadenado un infierno, y ahora toca escapar —gritó él, desencajado y Amarilda se asustó de verdad ante tanta locura concentrada en unos ojos—. No sé qué pretendía, ni qué se me pasó por la cabeza con este proyecto, pero ahora... Dios mío —sollozó—, hemos creado un monstruo, y encima he sido un cobarde incapaz de enfrentarme con mi creación.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—No lo sé —reconoció Víctor entre lágrimas—, me asusté tanto al verle abrir los ojos que lo dejé encerrado en el gabinete, pero esta madrugada se escapó, y ahora no sé dónde está. Por eso hay que largarse lo antes posible, aquella mirada era más propia de un demonio que de un hombre.

No quiso seguir hablando y de un salto se subió al carruaje y lo puso en movimiento. Maltrató a los caballos con el látigo para que empezasen a correr y enseguida desapareció tras el recodo del camino, dejando a la costurera sola, en lucha entre el escepticismo ante lo oído y la necesaria prudencia de quien debía luchar por su supervivencia con unos medios limitados. Tras comprobar

asombrada el contenido del sobre concluyó en que quizás sí que podía seguir la recomendación que se le acababa de dar.

Por fin había abierto su establecimiento en la ciudad, aunque la cosa hubiera sido más complicada de lo esperado. Lo cierto era que no podía hablarse de una boutique de postín sino tan sólo de una pequeña tienda en un barrio de segunda y en la que ella debería desempeñar todas las tareas, desde la costura a los recados, pasando por las ventas y finalizando en la aburrida limpieza del local. Pese a ello, estaba contenta. Quería creer que todo tiene que empezarse desde el principio y por eso recogía los restos del humilde tentempié de la inauguración con un sentimiento predominantemente optimista. Al menos había conseguido con ese ágape un par de nuevas clientas y la consolidación de la media docena a las que ya les había hecho encargos a domicilio. Que se corriera la voz y empezase a llegar más gente sería sólo cuestión de semanas.

Sí, vendrían buenos tiempos para su negocio, pensaba mientras subía al pequeño estudio del piso superior que hacía las funciones de vivienda, se trataba únicamente de seguir haciendo las cosas bien.

Escuchó el ruido en el bajo cuando ya llevaba unos diez minutos en su cama, pero estaba demasiado cansada para asustarse y prefirió justificarlo con los habituales sonidos de la madera debidos a los cambios de temperatura.

Sin embargo, los crujidos de la propia habitación no admitían explicaciones tan tranquilizadoras: alguien de gran peso deambulaba por ella y paraba frente al lecho para observarla, podía presentirlo con total seguridad, como si la estancia estuviese iluminada por un sol de mediodía.

Consiguió encender el quinqué de su mesilla con bastante celeridad, y la pequeña lámpara le ofreció un semicírculo a salvo de la oscuridad en cuyo borde distinguió unos pies enormes que

se pusieron en marcha con calma. Encima de ellos, el gigantesco cuerpo sobre el que había trabajado trece meses atrás, vestido con los harapos de aquellos gigantes ropajes que también había confeccionado y rematados por una mirada que, tenía razón don Víctor, era más de demonio que de hombre y que, ahora podía reconocerlo, creyó intuir en días anteriores, aunque ella había preferido asignar esa sensación a las tensiones propias de la puesta en marcha del negocio.

El gigante se acercó hasta la misma cama y Amarilda no pudo dejar de percibir con un punto de orgullo entre su pánico paralizante que su piel apenas tenía marcas de su labor de sutura.

—Madre —exclamó de repente el ser—, ¿qué me hiciste?, ¿por qué me dejaste así? —preguntó con una voz aterradora.

—Yo no te hice nada, yo sólo cumplí con mi trabajo —protestó ella con voz temblorosa—. No tengo nada que ver.

—Me dejaste abandonado —tronó el gigante—. Igor me lo dijo antes de morir. Tú y padre me abandonasteis.

—Yo no te abandoné, ni nada tengo que ver contigo. Yo me limitaba a hacer lo que me mandaban, es a don Víctor a quien tienes que pedir explicaciones. Él fue quien te dejó así.

—Padre, ¿dónde está?

—Y yo qué sé, no sé nada de ese hombre, y tampoco te debo nada, tienes que irte de aquí —porfió Amarilda, un poco más repuesta. Finalmente, aquel engendro no dejaba de estar invadiendo su propiedad y debía largarse—. Vete, yo no soy nada tuyo.

El gigante pareció golpeado por la orden y retrocedió un poco, como si le fuese a hacer caso.

—Padre, madre, todos me rechazáis —bramó de repente, al tiempo que se abalanzaba sobre ella y ceñía las manazas sobre su cuello.

Antes de expirar, por la cabeza de Amarilda paseó la conclusión insufrible de que determinados encargos nunca deben ser aceptados.

# Aura

Iván Pujol

*A Italo Calvino y Blanca Martí*

*¿Qué le dijo un sónico a un filmico?*

*Tócala otra vez, Sam.*

*Miguel Pujol*

*Iván Pujol M. Barcelona— 1974. Licenciado en Arquitectura y Maestro en Estudios Urbanos, es profesor en la Universidad Iberoamericana de Puebla.*

*También es músico y ha participado como sonidista en documentales y proyectos cinematográficos.*

*Ha publicado tanto artículos académicos como ficción.*

Cuando uno llega a Aura no la observa, la escucha. Aura es una ciudad que no puede ser observada con los ojos, solo puede ser percibida a través del oído. Aun así, esta es una de las ciudades que más imágenes ha plasmado en mi memoria. Las majestuosas entradas sonoras a la ciudad son reconocibles desde grandes distancias. Los ecos cristalinos de sus largos pórticos entrelazados cual cadenas de ácido desoxirribonucleico, emiten impulsos sónicos de frecuencias tan agradables, armoniosas y pacificadoras, que podrían confundirse con profundos aromas o lejanos suspiros. Estos arcos gigantescos forman un anillo que protege el interior de la ciudad, y lo hacen de una manera muy peculiar. El confort acústico que emana de estas grandes cadenas es tal, que aun a grandes distancias, el visitante empieza poco a poco a sentirse relajado. Toda su estructura corporal y las vibraciones de sus pensamientos van entrando poco a poco en una especie de hipnosis consciente; memorias de otros tiempos, recuerdos

placenteros y una profunda sensación de bienestar, anidan en las estructuras fisiológicas y cognoscitivas de los visitantes. Una gran onda sonora que produce paz, empatía, bienestar con el yo... Y no es que Aura no tenga enemigos, pues en toda galaxia hay guerras, pero como nadie puede entrar a Aura sin cruzar el anillo sónico siendo víctima de sus favorables efectos, incluso los aguerridos viajeros de otras galaxias que quieren conquistar la ciudad para conocer sus secretos, son dominados por la onda pacificadora. No hay protector auditivo que proteja de la onda, pues esta atraviesa también los músculos, los huesos, las neuronas. Aquel que cruza el anillo, está conscientemente en paz.

Una vez dentro, después de tal purificación sonora, uno no puede sino regocijarse de las maravillosas imágenes sónicas de su interior. Una sinestesia total. Colores, aromas, sabores y caricias se filtran por los oídos. Las conversaciones se vuelven formas coloreadas y la ciudad parece estar sumida en una constante vibración.

Sus habitantes, los aurales, también conocidos como sónicos en otras latitudes, viven en el centro de la ciudad, en una esfera de sonido grave y profundo que les permite construir sus casas enraizando las ondas verticales y horizontales de sus frecuencias. El aural adulto emite frecuencias medias, el niño, agudas y el viejo, graves. Han logrado, después de muchos años de evolución, que la suma de estas tres frecuencias produzca silencio, material que utilizan los aurales para construir sus casas. Como podemos observar, o mejor dicho, escuchar, las casas son el sonido producido por sus habitantes.

Y hablando de habitantes, unos nuevos han llegado a Aura. Parece que tienen intenciones de quedarse un buen rato. Son difíciles de describir, pues son casi transparentes y se confunden con el entorno. A veces, parece que se iluminan intermitentemente, luego, se difuminan como el humo y su imagen se desvanece. Supongo que estos filmicos, ya se han dado cuenta de que en Aura no tiene ningún sentido ser visto, sino escuchado.

Yo, de momento, partiré a conocer otras ciudades; quizás a mi regreso estos nuevos habitantes puedan darme nuevas impresiones sobre esta ciudad musical.



# El tren de media Luna

Mario Martínez Arrabal

*Mario Martínez Arrabal nació en Santa Coloma de Gramenet, desde pequeño le había gustado el mundo de la ciencia ficción y la fantasía heroica habiendo escrito varios cómics y relatos cuentos de ciencia ficción a edad temprana.*

*Es Ingeniero de Telecomunicación por la UPC y ha publicado la trilogía de fantasía heroica Neridian. Además, ha escrito ciencia ficción publicando un fanfic de Star Trek; Titán: El secreto de la civilización perdida. También ha colaborado con la revista Paralelo sur a través de uno de sus relatos.*

La estación espacial estaba en plena ebullición, se había convertido en el nuevo nexo, el punto de unión, tal como lo habían sido las estaciones de tren en la Tierra muchos siglos antes, y es que el transporte a los otros planetas del Sistema Solar, dependían de esta y otras estaciones similares, que se encontraban equidistantes unas de otras. Un siglo antes Grant Fernández, había inventado los corredores de luz, así era como se les conocía, solo que para hacer un corredor y que una de las naves-tren pudiese viajar por dentro, los planetas no estaban suficientemente inmóviles entre sí, por lo que se debían construir aquellas estaciones, que corregían su posición de forma imperceptible entre ellas. La órbita que recorría la Tierra tenía cuatro, y me encontraba en la más vieja. A través de las ventanas se veía el par de cuerpos celestes de la Tierra y la luna en cuarto creciente. La parte oscura Terrestre brillaba con múltiples luces y la Luna tenía luces cubriendo su entera superficie. Aunque ya habían promulgado leyes para no derrochar de aquella forma la energía.

Era la mejor época para viajar a Ceres, allí había una colonia minera donde trabajaba su hijo, era la forma más rápida que tenía para comprar una casa para vivir, emigrar fuera del planeta a hacer

trabajos que nadie quería, pero aquella idea estaba calando en demasiada gente y aquello hacía que los sueldos bajasen.

El tren acababa de pasar por el túnel artificial, y este acababa de desaparecer, el sistema estaría apagado una hora para refrigerarse y volver a abrir un nuevo túnel entre la estación de la Tierra y la de Ceres.

Las entradas del transporte se abrieron y poco a poco todos fueron entrando, había varias compuertas a lo largo del tren. Cuando había comenzado el servicio ponían a una azafata virtual en cada entrada, pero muchos se habían quejado que aquel trabajo podía hacerlo un humano y acabaron por no poner nada ni a nadie. En la entrada el escáner se activó haciéndole cosquillas en el cuerpo a Carlos, que no se fiaba de aquellos sistemas, ya había salido algún caso de enfermedad que relacionaban con aquellos escáneres corporales.

Delante suyo en la pantalla pudo ver su foto y los viajes que tenía concertados con aquella compañía. Debajo había publicidad de algunos hoteles en Ceres. Él se iba a quedar con su hijo así que no necesitaba aquello, ya había avisado al servicio de vigilancia, pero aun así las compañías siempre intentaban aprovechar para intentar vender el producto. Una vez dentro se dirigió a su asiento, no tenía dinero para ir en primera así que iría todo el camino sentado al lado de alguien, esperaba que fuese una persona comunicativa, le gustaba hablar en un viaje tan largo, pero al llegar a su sitio vio que el asiento de al lado estaba vacío. Resignado se sentó, y comenzó a tocar los botones de la pantalla que tenía delante, esperaba que las películas hiciesen que pasara más rápido el tiempo, era una pantalla bidimensional táctil común, pero aquello era lo único que se podía permitir en clase turista.

Entonces notó como alguien se sentaba a su lado, giró la cabeza y la vio, era una mujer no mucho mayor que su hijo, y muy atractiva, así el viaje se haría más corto.

—Buenos días.

—Buenas ¿qué tal? me llamo Carlos, y voy a Ceres a ver a mi hijo, nos ha tocado pasar muchas horas juntos.

—Yo me llamo Clara —la chica parecía nerviosa, no dejaba de mirar a los lados. Se sentó y se puso unas gafas de realidad virtual sin volver a dirigirle la palabra. «Para tener a alguien así al lado hubiese sido mejor estar solo durante el viaje» —pensó Carlos.

En las ventanas cambiaron la visión de la estación por unas imágenes de un paisaje terrestre, en aquellos viajes mucha gente había tenido ataques de ansiedad al ver como se alejaban de la estación para adentrarse en la oscuridad del espacio, teniendo solo el punto del Sol como referencia más cercana, y en el espacio el Sol no se veía tan grande como en la tierra.

Pasaron unas horas y Clara finalmente se quitó el casco, parecía más alegre.

—Por favor guárdeme las cosas, voy un momento al lavabo.

—Por supuesto, ve tranquila. Carlos observó con disimulo como se alejaba, aunque ya tenía demasiados años para pensar en aquellas cosas, le gustaba mirar a una mujer bonita. Y entonces desapareció a través de la puerta.

Carlos pensó que tal vez antes había estado nerviosa por empezar un nuevo viaje en el tren espacial, al aislarse en la realidad virtual se había olvidado de donde estaba. Y por eso se había mostrado ahora mejor con él. Se puso una película antigua en la pantalla y comenzó la visualización. Pero al cabo de un rato comenzó a sentirse nervioso. La mujer no había vuelto. Intentó concentrarse en la película, tal vez estuviese vomitando, aunque el movimiento del tren era imperceptible. La película se acabó, las dos horas de entretenimiento se habían hecho eternas, pero la mujer no había vuelto. Así que decidió llamar al revisor. Este ya no hacía las tareas de revisar el billete, aquello ya lo hacía el arco biométrico de la entrada del tren, pero se había quedado con aquel nombre.

Apretó el botón y un asistente virtual apareció en la pantalla.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito hablar con el revisor.

—Tengo almacenadas más de tres mil respuestas para suplir cualquiera de las necesidades que pueda tener.

—No quiero hablar con una inteligencia artificial de patrones pregrabados.

—Soy una inteligencia artificial que además de tener patrones aprendo de la experiencia de hablar con los pasajeros.

—No dudo de tus capacidades —Carlos se sentía tonto hablándole a una máquina.

—Entonces, por favor, pregúnteme.

Una de aquellas maquinas le había vuelto a vencer. Detestaba aquellas inteligencias que les quitaban el trabajo a los suyos.

—La pasajera de mi lado ha ido al lavabo hace dos horas y aún no ha vuelto.

—La política de privacidad de nuestra empresa nos impide darle cualquier información relacionada con otra persona. Gracias por todo.

Entonces la inteligencia se apagó. Y la paciencia de Carlos comenzaba a resquebrajarse.

Volvió a darle al botón.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? Debía reformular la pregunta de forma que aquella cosa pidiese ayuda.

—Estoy preocupado por la integridad física de la pasajera del asiento 485C.

—¿Desea explicar los detalles de algún delito?

—No. Hace dos horas que fue al lavabo y aún no ha vuelto. Estoy preocupado.

—La salud de todos los pasajeros está monitorizada de forma continua por nuestro ordenador central y no tenemos ninguna

notificación de enfermedad en ninguno de los pasajeros. La política de privacidad de nuestra empresa nos impide darle cualquier información relacionada con otra persona. Gracias por todo.

Carlos miró de nuevo como la pantalla se apagaba. Y era inútil esperar a que alguien de carne y hueso viniese en todo el trayecto. Ya que la comida era dispensada automáticamente, no veía necesario que ningún trabajador del tren pasara. Estaba seguro de que algo le había pasado a la pasajera de su lado, y pensaba llegar al fondo de aquello.

Así que cogió el bolso de la desaparecida acompañante y tomó su mismo camino. La puerta del fondo se abrió nada más detectarlo y allí había una habitación claustrofóbica con tres puertas más, una daba al vagón delantero y las otras dos a los lavabos, el de hombres y el de mujeres. Al acercarse a la puerta que accedía al siguiente vagón surgió una voz del altavoz. Era la misma voz de la inteligencia artificial de antes.

—Su billete no le permite acceso a esta zona.

Entonces intentó entrar en el banco de señoras.

—Usted escogió en su demanda de billete poder entrar en el lavabo de hombres, ¿quiere cambiar sus opciones?

Carlos no tenía ganas de cambiar nada, aquella voz mecánica comenzaba a cabrearle. Él siempre prefería entrar en el lavabo de hombres. Así que decidió esperar a que alguna mujer llegase al lavabo. Los minutos se le hicieron eternos, además el hecho de estar encerrado en un lugar como aquel sin ventanas no era agradable. Sabía que estaba en un compartimento especial estanco, que hacía de conexión en caso de emergencia, pensando en aquello parecía que el tiempo por fin pasara, entonces vio una mujer que salía del lavabo.

—Disculpe.

La mujer al ver a Carlos esperando justo en la entrada del banco se quedó mirándolo de reojo con mala cara.

—Tengo prisa, si me deja pasar.

—Es solo una pregunta, ¿está mi mujer ahí dentro? —a Carlos le pareció que sería muy extraño si preguntaba por una desconocida.

—No, el baño está vacío. Déjeme pasar. Aunque la mujer parecía no desconfiar tanto de Carlos aquella situación le incomodaba, al fin y al cabo, era un lugar muy estrecho.

«Si no está ahí tal vez este en...» pensó Carlos al tiempo que entraba en el lavabo de hombres. Pero este estaba completamente vacío. Así que después de aprovechar para hacer sus necesidades, y es que después de haber hecho el trayecto no quería volver a hacerlo, volvió a su sitio. Pero estaba tan vacío como cuando lo dejó.

Se sentó y comenzó a ponerse nervioso.

¿Dónde podía haberse metido aquella mujer? El bar estaba en la parte trasera y no la había visto volver de los lavabos. Era muy improbable que estuviera en otro vagón. Y él seguía teniendo su bolso, era seguro que ella no se habría ido sin él. Así que decidió abrirlo para ver si podía saber más sobre su desaparecida compañera de viaje.

Dentro no encontró nada anormal, un peine, un neceser con unas tijeras pequeñas, una cartera. La abrió y dentro había un comunicador antiguo, de aquellos con la pantalla tridimensional, y que se conectaba al acercar el iris. Normal en alguien que fuese en turista. Ahora estaban de moda los implantes de comunicación que inducían imágenes y sonido directamente al cerebro, haciendo que vieses a la persona delante de tuyo.

Y justo al lado había una tarjeta de identificación, pero él no tenía un lector, por lo que le era imposible acceder a aquella información, solo los agentes de la ley y algunas personas que trabajaban para empresas cercanas a los gobiernos tenían lectores para acceder a todo lo que aquella tarjeta contenía. Ahora era seguro, sin aquella tarjeta era imposible que la mujer se hubiese

marchado. Desconectó la ilusión terrestre para ver el camino real por el que estaban pasando. Miró por la pequeña ventana, ya no había rastro de la Tierra, solo el oscuro vacío se abría delante de él.

Entonces vio como la puerta por la que había venido del lavabo se abría, y de allí salía el revisor, la compañía fabricante estaba obligada a por lo menos tener un humano que revisase visualmente el tren. Era más un tema legislativo que práctico. Carlos no había recordado aquel detalle antes, era su oportunidad para decirle a aquel hombre lo que había pasado, él le escucharía.

—Buenas, disculpe.

—No me toque los huevos. Si tiene alguna duda ya tiene a su asistente virtual personal.

Carlos miró con desagrado a aquel trabajador, seguro que mucha gente podría hacer el trabajo de aquel hombre mucho mejor y atendiendo bien a los pasajeros, seguramente algún alto mando lo habría enchufado allí.

—Sí, la inteligencia artificial que contesta lo que quiere sin atenderme. Hay un problema grave.

—¿Se ha quedado sin servilletas para los mocos? —dijo el hombre con desprecio, se notaba que no le gustaba aquel trabajo, y tampoco le pagaban por ser amable con los pasajeros.

—La pasajera que había a mi lado ha desaparecido.

—No me extraña, si me tocara sentarme junto a usted yo también desaparecería —dijo el revisor riéndose.

Carlos intentaba mantener la calma frente a aquella persona, era mayor y si algo había aprendido durante los años era a ser paciente.

—No, fue al lavabo dejándome sus cosas, mire, aquí tengo su bolso.

El revisor miró el bolso, entonces utilizó su reloj, al apretar un botón apareció delante de una pantalla virtual bicolor, apretó varias teclas y después se quedó mirando de nuevo a Carlos.

—En este asiento no había ningún pasajero asignado.

—Le digo que había una mujer y me ha dejado su bolso.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé, no espere... sí me ha dicho su nombre, se llama Clara, sí eso es.

El revisor miró de nuevo la información de su pantalla.

—Hay varias personas con ese nombre en este tren, les preguntaré personalmente si se les ha perdido el bolso, pero ninguna de ellas estaba asignada a este asiento. Quédese aquí, ahora vuelvo.

Carlos se sentó de mala gana en su asiento, quería acompañar al revisor para comprobar el mismo si lo que decía era cierto y su acompañante en realidad estaba en otro asiento, entonces, ¿por qué se habría sentado allí dejándole sus cosas?

El revisor tardó más de media hora en llegar y parecía que venía con peor cara que antes, mucho más malhumorado. Iba junto a otros dos hombres que seguramente habían abusado de los esteroides.

—Acompáñeme.

—¿La han encontrado?

—Esa mujer nunca ha subido a este tren, pero usted tiene un bolso que no le pertenece, antes he pasado mi lector por él y he comprobado que tenía una identificación que no se corresponde con sus datos biométricos, por lo que deduzco que lo ha robado.

—No, le digo que esa mujer me lo dio para que se lo guardara.

—Sí claro, y se ha bajado en una estación fantasma a medio recorrido de la nada. Debe respondernos unas preguntas, acompáñenos sin oponer resistencia.

—Tienen mi permiso para revisar las cámaras de vigilancia de este tren. Verán que lo que les digo es cierto.

—Ya habrá tiempo de eso, de momento debe acompañarnos.

Carlos se vio siguiendo al revisor que ya se había hecho con el bolso, y los dos hombres los seguían a ambos sin mediar palabra, mirando en todo momento los movimientos de Carlos.

Pasaron por los lavabos y esta vez la puerta que daba al vagón delantero sí que se abrió para dejarlos pasar, y allí lo que vio Carlos lo dejó estupefacto, se esperaba encontrar con otro vagón de pasajeros, pero había una especie de laboratorio con unos seres alienígenas que estaban haciendo unas pruebas extrañas a su acompañante; no lo había soñado todo. Ella existía.

—Pero esto...

—Tranquilícese, antiguamente nuestra raza recogía a los especímenes de su planeta directamente de su superficie, ahora que han aumentado la seguridad, tenemos que buscar métodos alternativos, no le vamos a hacer daño a su acompañante ni a usted, pero necesitábamos que dejase de hacer preguntas incómodas, este vagón se desenganchará poco tiempo antes de llegar a Ceres. Por hoy ya hemos realizado suficientes pruebas, no necesitamos su cuerpo, pero sí su silencio.

—Yo no voy a decir nada —Carlos empezaba a estar muy nervioso, había visto demasiadas cosas.

—Lo siento, sé que me miente, todos los humanos tienen unos implantes que son muy sencillos de leer para nosotros, pero esos mismos mecanismos nos permiten borrar sus recuerdos recientes.

Carlos se despertó poco tiempo antes que el tren llegase a Ceres, a su lado la mujer que había conocido al principio del viaje se fue sin decirle adiós, se había dormido, el viaje había sido más corto de lo que había pensado. Solo recordaba haber visto una vieja película. Ahora al fin podría ver de nuevo a su hijo, se levantó y fue a coger su equipaje, pero de pronto sintió un dolor en el cuello. Debía intentar no dormir en su siguiente viaje, se notaba el cuello algo hinchado, aquellos viajes de tan largo recorrido no eran buenos para él.



## Cuando Shelley estaba por iniciar la novela que la haría inmortal

Ricardo Guzmán Wolffer

*Ricardo Guzmán Wolffer (México, 1966) con más de 40 libros publicados como autor, prologuista, antologado y antologador. Escribe en diarios y revistas desde hace 25 años.*

*Citamos entre sus obras, las novelas: Que dios se apiade de todos nosotros. Sin resaca. La frontera huele a sangre. Bestias. Dentro del tema vampírico: Silenciosos signos de guerra y sangre. Entre sus antologías de cuentos encontramos Historia de lo incierto, también obras de teatro como Fiacro o el triunfo de la sinrazón, o poemarios como Arena escarlata.*

correo: [rguzmanw@correo.cjf.gob.mx](mailto:rguzmanw@correo.cjf.gob.mx)

Cuando Shelley estaba por iniciar la novela que la haría inmortal, pensó en dónde publicarla. A qué imprenta acudiría sin que el dueño le dijera “qué cosa tan horrible, cuándo se ha visto esta temática. No, me niego a perder reputación por este mamotreto” o “ni pagando la edición se lo hago, es un insulto a la religión” o “no hay sustento científico, esto es absurdo” o “sólo que nos vayamos al hotel de enfrente, reinita” o “esto no lo publica ni Obama” (famoso sello editorial underground londinense-irlandés). Con la imagen del editor en la mente, Shelley pudo crear el monstruo más innombrable de la literatura.

Pocos lo saben, pero Shelley era economista de closet. Llevaba años pensando en la importancia de la conducción estatal en sectores estratégicos de la producción nacional para insertarse en mercados globales. Solía equiparar a esos estadistas majestuosos con los científicos que habrían de dar bienestar por siglos, como si población, estado y territorio fueran probetas, componentes químicos y tejidos sociales que rediseñar. Estaba por hacer un

tratado de geopolítica económica, cuando por beber de más en una reunión con sus compinches intelectuales, aceptó el reto de escribir un relato de espantos. Bastó mirar a los políticos en turno para entender que no hay peores monstruos que los creados en nombre del bienestar: así nació el innombrable.

# Goodbye Frankenstein

Blanca Mart

*Blanca Mart, escritora catalana residente en México durante casi treinta años, ha publicado en México y en España, novela y cuento, tanto en el campo de la novela realista, La Nimiedad, como policiaca, Lluvia sobre el barman, El vuelo de la gaviota; Dorian Eternity, de tema vampírico. Y sobre todo ciencia ficción y fantasía: La era de los clones, A la sombra de mercurio, El Espacio Aural, Cuentos del Archivo Hurus, Archivo Hurus II, A la sombra del Linaje, el Manuscrito Florentino (en coautoría con Aldo Alba). Artículos, reseñas, biografías y poesía.*

*Es cofundadora de la Asociación de Escritores Tirant lo Blanc de México.*

## I

Mi nombre es Annabella. En otra vida estuve casada con un poeta: la barbarie ante la precisión del universo. Él me llamaba la Princesa de los paralelogramos, pues me interesan los estudios matemáticos. Por eso escribo este diario: para dar fe de que no estoy viviendo una fantasía ya que no soy dada a imaginaciones ni desvaríos.

Un día me desperté y aquí estaba, en este lugar desconocido, en una casa realmente deliciosa adecuada a un paisaje de la campiña inglesa. Recuerdo perfectamente mi vida anterior y por lo tanto sé que he muerto y dada mi inteligencia matemática creo saber que esta experiencia que estoy viviendo responde a adelantos científicos de épocas posteriores.

No soy la única en este bello lugar. Hay varias casas a respetable distancia unas de otras. En la más próxima viven las tres hermanas

de la colina: Charlotte, Anne y Emily, ah, pero ellas pertenecen a otra dimensión. Las tres escriben, pasean, a veces cada una de ellas sola, meditando, o Emily saca a su perro, o salen las tres juntas y bajan hasta el mar. Por las tardes se reúnen alrededor de una de estas maravillosas lámparas que se encienden sólo apretando un botón y nos invitan a las vecinas, pero yo no acudo, pues siempre tengo mucho que estudiar y descubrir.

Veo que en alguna ocasión se acerca Jane a tomar el té con ellas; aunque siempre anda con sus papeles y sus deseos de soledad. También he visto a la dama oriental que llega paseando, creo que su nombre es Murasaki.

¡Todas escriben! Murasaki escribió la primera novela en toda la Tierra, Jane y las hermanas, novelas y novelas... y yo me pregunto: ¿si somos un experimento, si esto parece nuestro propio paraíso, que hago yo aquí que soy matemática?, ¿es acaso para mí un castigo?

## II

Esta mañana brilló algo ovalado en el cielo; al cabo de un rato apareció Kate. Ella vive en la colina más alejada. Llega cabalgando en su fino caballo y deteniéndose un segundo, me dice:

—Annabella, alguien ha llegado, una nave del cielo. Ya he avisado a todas, ¿vienes? Algo cayó cerca del cubículo de acero que hay al lado del río. Ya sabes, el que Mary llama el Laboratorio.

—Voy — respondo.

A Kate le interesa la ciencia. Como yo, maneja rápido las máquinas que los sabios —así llamo a los que nos han traído aquí—, han instalado en nuestras casas, pero, a pesar de ello, ¡es novelista! Que destino el mío.

Unos veinte minutos después llegamos al río. Allá están las tres hermanas, mis vecinas más cercanas, y también Jane, Mary y

Murasaki. Mary, que también es novelista, es la que está inclinada sobre una cápsula que refulge entre la hierba.

Kate y yo nos acercamos. Dentro hay un hombre hermoso como un dios. Sus cabellos a mechones claro oscuros, joven y fuerte, poderoso: perfecto.

—Qué desastre—murmura Kate.

Sí es un verdadero desastre porque este hombre magnífico está roto por varias partes, no tiene remedio posible.

—Es un guerrero — señala Murasaki cautamente.

Todas nos inclinamos, es cierto, una pequeña placa indica:

Alejandro Magno. Guerrero. Destino: HMGrec—3.W—5000

Unas luces parpadean sobre otra placa levemente abombada.

Destino interrumpido.

Aceptar. Reiniciar.

Pero aunque sepamos hacerlo —que sí sabemos, pues nuestras casas están llenas de interesantes instrucciones al respecto—, ¿cómo enviar al espacio a este joven destrozado? Posiblemente sólo la violencia del despegue le mataría de un modo terrible.

—Nada puede hacer la ciencia —dice Jane tristemente.

Mary la mira.

—Veamos —dice, y abre un pequeño maletín—. Lo he traído por si acaso... quizás aquí...

Saca algunas cosas, las tira; reconozco esos cables que provocan pequeñas tormentas, los he visto diseñados en las ventanas de las máquinas que hay en nuestras casas, saca unos tubos, los aparta, una rana de metal... ¡ay, estas novelistas! Por fin elige algo.

Esto es un láser —nos dice triunfante—. Nada menos que un láser-orsinisano de los tiempos medios, lo explica en las

instrucciones. Puedo coser al guerrero pero ayudadme a conducir la cápsula dentro del laboratorio. Allí podremos seguir los pasos necesarios.

Entre todas ponemos la cápsula en rodaje con mucho cuidado, lentamente. Me encargo de los sencillos cálculos, presionamos botones y poco después el joven guerrero está dentro, protegido entre las paredes de metal plateado.

—¿Estás segura? —pregunta Charlotte.

—Escribí una novela y hablé de la ciencia del futuro. Era un caso parecido.

—¿La ciencia del futuro?—sonríe Kate—: ¡Vaya!, ¡perfecto!

Pero Mary ya se remanga, enarbola el láser, se pone a coser aquí y allá y todas vemos como zurce, pega, sella; cómo las heridas se van cerrando, y los huesos se componen. Luego un poco de electricidad y por fin, el guerrero suspira levemente y queda dormido.

La miramos con admiración.

—En realidad ya lo había hecho antes —explica Mary, suspirando, aliviada.

—¿Fuiste médico en tu vida anterior?—pregunta Emily.

—No, no, nada de eso, fui escritora pero escribí una novela sobre un ser creado en un laboratorio. Imaginé como sería coserlo. Y ahí está.

—¿Te quedó bien el ser del laboratorio? —pregunta Anne.

Mary se encoge de hombros; su mirada se llena de tristeza.

—Éste me ha quedado mejor.

### III

Todas nos hemos quedado en suspenso pero hay que seguir el proceso. Si queremos que se despierte y que viva en nuestra

comarca, presionaremos: Aceptar. Si queremos que vaya al destino que tenía programado: Reiniciar.

Nos miramos.

—¿Qué queréis hacer? —les pregunto.

—Es un guerrero —vuelve a señalar Murasaki.

—Buscará la guerra, es su naturaleza —indica Mary.

“Es casi imposible que las almas cambien” —pienso.

—Entonces la pregunta real es: ¿guerra o paz? —dice Kate.

—Paz —contestan casi a la vez las tres hermanas.

—Paz — dice Jane.

Murasaki y Mary asienten.

Kate se acerca a la cápsula, mira al hombre, sonrío, sus pestañas afrancesadas languidecen; se vuelve y afirma: paz.

Entonces me acerco a la cápsula y presiono el botón de Reiniciar. Salimos y nos alejamos hasta la Pérgola. Es una pequeña construcción hexagonal de cristal, desde donde se puede contemplar sin peligro cualquier actividad del laboratorio, según las indicaciones que hemos leído, claro. Entramos y cerramos. Siete minutos más tarde, la cúpula se abre y la cápsula sale disparada hacia su destino. Brilla en el cielo, esplendorosa, perfecta.

—Goodbye Alejandro —dice Kate.

Percibo que Mary está triste, intuyo que le hubiera gustado que el héroe se quedara. ¡Hay tantas sugerencias!, el experimento médico, la posibilidad real más allá de su novela.

Hermoso, valiente, amante de la cultura clásica, alumno de filósofos pero ¿cuánta gente murió por su causa?, entonces... ¿Guerra o Paz?

—Goodbye Frankenstein —murmura Mary, y tiene ese aire profesional de los que aman y amarán la ciencia, en todas y cada una de las vidas que les toque vivir.

#### IV

Esta tarde iré a tomar té con ellas, mis amigas novelistas, a casa de Murasaki. Parece que alguna de nosotras quiere viajar, visitar las comarcas próximas pues han salido planos indicadores en las pantallas; también ha llegado una información sobre una mujer que vive a tres días de camino. Se llama Juana Inés, ay, es poeta, pero ¡qué le vamos a hacer!

Desde luego yo quiero ir a conocerla.

*Breve ficción inspirada por:*

*Murasaki Shikibu (978—1014), escribió la primera novela, en sentido moderno, Juana Inés de la Cruz (1651—1695), poeta, Jane Austen (1775—1817), novelista, Anne Isabella Noel Byron (1792—1860), estudiosa de literatura clásica, filosofía y matemáticas, madre de Ada Byron, Mary Shelley (1797—1851) con su novela Frankenstein, inició la literatura de ciencia ficción, Charlotte Brönte (1816—1855), novelista, Emily Brönte (1818—1848), novelista, Anne Brönte (1820—1849), novelista, Kate Chopin (1853—1904), novelista.*

## Desde la Torre

Pedro Bayona

*Nacido en Guadalajara, México. Es autor de 37 libros en las áreas de Humanidades, Medicina natural, Arte y Cultura, Literatura Infantil y narrativa breve. En la literatura infantil se ha desempeñado como autor e ilustrador, obteniendo en 1984 el premio IBBY (International Board on Books for Young People) por ilustraciones Ginebra, Suiza, y en 1986 la medalla Jack Ezra Keats Award de la UNICEF también por ilustraciones. En 2003 obtuvo en 1er Premio de narrativa breve Tyrant lo Blanc en México. Actualmente trabaja en dos libros de cultura china antigua y de filosofía. correo:pedrobayona@gmail.com*

La Reina miró el bosque que se extendía alrededor de su castillo; sus ojos intemporales recorrieron los árboles apiñados que formaban un verde anillo, lleno de oscuridad y misterios, puestos allí para probar el carácter y visión de los hombres que lograran internarse en la espesa floresta. Extendió su mirada más allá del bosque, donde se presentía el desierto, dibujado con las cicatrices de áridas grietas que sólo los sabios podían interpretar; el amarillo desierto barrido por los vientos caprichosos donde inesperadamente aparecía el aroma terrible de flores inimaginables que enloquecían al viajero desprevenido y lo conducían a una muerte alucinada. Más allá, la azul cadena de montañas sin más adorno que rocas picudas y afiladas, marcaban los límites de aquel reino.

Como todas las tardes, la Reina extendió su mirada al corazón de los hombres y miró que las oscuras pasiones anidaban aún en su interior. Así había sido desde siempre y la monarca lo sabía pero no por eso dejaba de escudriñar los latidos de aquellos incorregibles corazones. “Está en su semilla” pensó la Reina, sin

mostrar emoción alguna. “Desde que el hombre es hombre, los demonios lo poseen”, se dijo mientras extendía su mirada por el atardecer. Recordó cómo en el principio de la humanidad, un hombre, un profeta agobiado por visiones y voces que lo atormentaban, pudo vislumbrar el castillo donde vivía aquella Reina intemporal, y la torre desde la cual observaba al mundo por las tardes. En un frenesí que duró casi diez lunas, el legendario vidente relató a su asombrada audiencia las maravillas de aquel reino y la belleza sin igual de la monarca. Habló de los bosques sombríos, y del río cantarín que circundaba al pequeñísimo castillo donde la Reina era la única habitante, porque vio que la solitaria monarca subía a la torre como si esperara algo. ¿Qué era aquello que la Reina esperaba? No lo pudo saber. En su delirio visionario tuvo conciencia de jardín en el interior del diminuto castillo donde la soberana sembraba flores desconocidas para los humanos, de colores extraños, llenas de perfumes que durante el día fluían entre las habitaciones y por las noches daban frescor al dormitorio de la monarca.

Pero el visionario no pudo decir el nombre de aquel reino, ni de su soberana, porque en el momento en que lo intuyó en una revelación suprema, la vida lo abandonó y junto con su último aliento se fueron los nombres secretos. Sólo quedó la expresión del delirio en su boca abierta en la intención de nombrarlos.

Así fue como los hombres tuvieron conocimiento de ese fabuloso lugar que al paso de los siglos se convirtió, poco a poco en una leyenda vehemente. La gente llamó a este reino de muchos modos. Cada clan, cada nueva generación le fue dando nombres diferentes y cada hombre y mujer, en lo profundo de su corazón anhelaban ir allí. Algunos reyes inundados de codicia formaron enormes ejércitos para emprender el largo viaje hacia donde se decía, estaba el castillo, y conquistar las fabulosas riquezas que la imaginación milenaria había inventado para aumentar el atractivo de la leyenda. Sin embargo, a pesar de lo poderoso de los ejércitos y de la decisión

de los reyes, las expediciones terminaban en el fracaso o en el olvido, porque casi ninguna regresaba y los que volvían, daban señas de locura o de beatitud extasiada que los alejaba, casi para siempre, de las ocupaciones cotidianas. Según pasaban los años, nuevos artefactos fueron utilizados para abrirse paso entre las montañas y nuevos ingenios se pusieron a prueba para defenderse de las amenazas del desierto. El hombre inventó máquinas que volaban y que podían llegar a cualquier parte de la Tierra y que podían alcanzar los planetas alrededor del sol, pero ninguna máquina, por poderosa que fuera, pudo sortear el laberinto de los misterios que flotaban en los cielos alrededor del pequeño castillo.

Desde la torre la Reina veía las caravanas de los hombres místicos que trataban de recibir la iluminación que se decía proporcionaba el castillo. Las veía vagar por el desierto y evaporarse en el olvido, de igual forma que desaparece un charco de agua bajo los rayos del sol. Algunos privilegiados podían llegar al bosque y allí, los misterios los perdían en un laberinto interminable de preguntas y dudas. Año con año, siglo con siglo, milenio con milenio los hombres trataban de llegar al castillo sin poderlo conseguir a pesar de la firmeza o rectitud de sus intenciones. Los más afortunados permanecían en un mundo donde el tiempo se extendía elástico y allí quedaban, en un estado de arrobamiento hasta su muerte que llegaba como un sueño reparador. Algunos encontraban una muerte menos despiadada en las montañas que en el desierto, donde sus huesos rodaban a lo profundo de las grietas para pulverizarse lentamente bajo el fuego del sol.

También los muertos buscaban llegar a ese fabuloso reino. Sus espíritus se acercaban flotando como nubes procedentes de las regiones oscuras de la tierra. La Reina las veía flotar y examinaba los diferentes colores que cada nube mostraba, porque su tonalidad delataba la clase de espíritu que había habitado el cuerpo muerto: buenos, malos, torpes, codiciosos, bondadosos, soñadores, crueles... Y el viento del desierto

dispersaba esas nubes o las arremolinaba para que, como huracán, fueran a derramar sus lágrimas al lejano mar.

A veces, cuando la Reina extendía su vista hacia los hombres descubría las tenebrosas sombras de la guerra. El hombre se había lanzado a otra matanza desquiciada, inútil, absurda. Esas sombras aparecían durante los siglos como las estaciones en el curso del año. A veces muy violentas y largas; otras, breves pero devastadoras. Los hombres habían disfrazado su instinto destructivo con excusas que sonaban muy bien a sus oídos y que los satisfacían y tranquilizaban. Ya no hablaban con la crudeza de los viejos tiempos cuando las guerras se hacían por codicia, odio o lujuria. Ahora la Reina veía que la gente disculpaba el que se hicieran guerras porque se debía defender la civilización, la paz, el nombre de Dios, la libertad, la democracia y otras palabras elocuentes que no engañaban a la Reina. Sabía que las verdaderas causas eran las mismas que habían provocado matanzas desde el principio de los tiempos del hombre. Y cuando había guerra, la Reina veía cómo disminuían los hombres que deseaban llegar a su castillo y era entonces cuando extendía más largamente su mirada para encontrar algún corazón que todavía añorara ir a buscarla, porque las balbuceantes palabras del antiguo profeta eran ciertas: desde la torre, la Reina estaba a la espera.

Una tarde, los ojos de la Reina descubrieron una sombra más terrible que las anteriores: el anuncio de una amenaza inédita, una guerra como nunca había sufrido la humanidad. Su mirada, al extenderse al corazón de los hombres encontró un creciente odio por la vida y un profundo resentimiento con los demás y consigo mismo. Esa tarde, la Reina observó, cómo el hombre había determinado autodestruirse y volvió a decirse: “Está en su semilla”.

A partir de esa tarde ominosa, cuando la Reina extendía su mirada hacia el mundo de los hombres, encontraba que la sombra crecía constantemente mientras el hombre se preparaba

a destruirse. La Reina, con su milenaria sabiduría, miraba los sucesos sin mostrar ninguna emoción. Su expresión era la misma que tenía cuando examinaba los bosques alrededor o los peces del río cantarín que circundaba su diminuto palacio. La fatídica sombra no pareció alterarla en lo más mínimo. Continuó con las ocupaciones que por milenios había llevado a cabo con la misma tranquila expresión en su rostro. Por las mañanas paseaba por su jardín y revisaba que el aroma de las flores fuera el apropiado. Bajo la sombra de un árbol escuchaba la música que los pájaros entonaban en su honor y a veces, dejaba asomar una breve sonrisa al oír alguna novedosa improvisación de alguna avecilla joven.

Finalmente, la Reina pudo ver cómo estallaba la guerra y los hombres morían. Veía llegar por los aires los espíritus de los muertos en forma de nube. Cada día llegaban más y más nubes agitadas y convulsas, que requerían mayores esfuerzos del viento para dispersarlas en el distante océano. Cada tarde, cuando la Reina extendía su mirada sólo encontraba los corazones de los hombres aprisionados por el odio y volvía a pensar: “Está en su semilla”.

Las tardes se fueron acumulando sin que La Reina alterara su visita a la torre. Desde allí miraba el desierto, que se veía más extenso y árido al estar vacío de peregrinos; las desoladas montañas picudas ya no se alegraban con el fuego en los campamentos de los hombres que deseaban llegar al reino legendario y los bosques dejaban dormir sus misterios en la penumbra ausente de hombres visionarios. Cada tarde, la Reina podía ver cómo cada vez había menos corazones que examinar porque la humanidad se estaba acabando. Cada tarde, prolongaba su estancia en la torre y observaba con mayor atención, cómo si esperara encontrar algo. Pero nada sucedía, y al anochecer la Reina descendía a su habitación perfumada y refrescada por el aroma de las flores del jardín. Allí escribía en su diario extrañas frases; expresiones veladas que sólo ella podía comprender, que reflejaban los sucesos del día y quizás los

pensamientos que le llegaban cuando extendía su mirada desde la torre. ¿Con qué soñaba la soberana de ese reino? ¿Qué era lo que esperaba desde tiempos inmemoriales? ¿Estaba escrito en ese diario de páginas interminables la razón de todo eso? Con letra diminuta y elegante escribía hasta que las estrellas se asomaban y se escurrían por su ventana para presentar sus saludos.

Una tarde la Reina extendió su mirada y no vio nada, la nube tenebrosa había desaparecido. “El odio se ha ido” pensó y luego un segundo pensamiento le llegó “y también el hombre”. Pero su rostro no cambió; ni siquiera un suspiro reveló sus emociones. La tarde terminaba cuando los ojos de la Reina brillaron con una luz diferente. Allá, muy a lo lejos, descubrió la diminuta figura de un hombre que trabajosamente se arrastraba por el desierto. Aquella aparición semejava la sucia caricatura de lo que alguna vez fuera el ser humano. Avanzaba como poseído, apoyando su extenuada figura en una rama que le servía de muleta.

La Reina supo en ese momento que aquella aparición era la destinada para llegar a la puerta de su diminuto castillo.

Esa tarde permaneció en la torre hasta el anochecer.

La Reina sabía que aquel hombre tardaría días, quizás meses, pero llegaría. Ahora, subía a la torre, ya no para lanzar su mirada hacia lo lejos, sino para observar el avance del viajero.

Por fin, una mañana, la Reina abrió la puerta de su castillo y cruzó el puente que se extendía sobre el río. Se adentró unos cuantos pasos en el césped que se extendía en la ribera del río y esperó sin moverse a que el hombre emergiera del bosque y llegara hasta ella. El sol se movió inquieto por el cielo y cuando llegó a lo alto para iluminar las copas de los árboles, una figura surgió frente al castillo. Aquella aparición era la sombra de un hombre destrozado, sucio y maloliente, con la piel pegada a los huesos. Su rostro deformado por un dolor inexpresable dejaba entrever, bajo la capa de lodo y sangre, los rasgos de un joven, aunque sus ojos sin luz, hablaban de una edad de dolor y espanto.

Se acercó a la Reina que lo miraba inmóvil e inexpresiva y con un sollozo que retumbó por todo aquel reinado cayó de rodillas frente a ella, envuelto en un torrente de lágrimas. La Reina se hincó también y tomó su mano. El hombre levantó la cabeza y la miró. Un relámpago iluminó aquellos ojos oscurecidos, una luz que le dio fuerzas para gritar con toda la desesperación de su raza:

—¡Soy el último!

—No— dijo la Reina con suavidad mientras miraba profundamente a los ojos de aquel resto de hombre. Con un gesto antes desconocido en su rostro intemporal agregó—: No, no eres el último, eres el primero.



## Debate Solar

Marc Fabra Nadal

*Nació en Barcelona, España, el 15 de agosto de 1979. Creció absorbiendo de su padre la pasión por la ciencia ficción, ¿la literatura fantástica y el hacerse preguntas tales como “y qué pasaría si...?” Se licenció en Psicología y posterior master en Neuropsicología. Sacando tiempo para leer y escribir a pesar de su trabajo en hospitales, docencia y en geriátricos. Habiendo publicado su novela “Astral: una aventura multidimensional” en ediciones Amatista, primera parte de una trilogía de fantasía de tipo espiritual actualmente en curso. Puedes contactarle en marcfabra@gmail.com*

La gran consciencia dirigente solar se presentó en la reunión. Ya había recibido noticias vagas antes acerca de la confrontación de los dos grupos de consciencias, pero no sabía de qué se trataba.

—¿Y bien? ¿Qué es tanto alboroto?— preguntó el dirigente a las consciencias presentes.

—Debatimos acerca del tercer planetóide que gira alrededor nuestro. Algunos de los presentes opinan que podría haber vida en esa roca inerte. Absurdo a mi parecer —indicó una consciencia que se erigió de portavoz de uno de los dos bandos.

—No tan absurdo. Hemos estado haciendo observaciones mediante proyección mental y hemos visto cambios rápidos en su atmósfera, grandes zonas que antes eran verdes están volviéndose marrones, la temperatura de su atmósfera está subiendo rápidamente a pesar de no haber explicación geológica o de interacción con fuerzas galácticas externas aparentes. No nos es posible mirar en mayor resolución su superficie, porque el planetóide ya es muy pequeño de por sí. Sin embargo, la existencia de algún tipo de consciencia podría explicar la existencia de cambios ajenos a las leyes naturales.

La gran consciencia dirigente solar, que era el ser luminoso de mayor tamaño energético y también de mayor poder, enfocó su enorme potencial mental hacia la Tierra. Transmitía sus pensamientos a los asistentes a medida que estos se iban generando. Las otras esferas energéticas conscienciales escucharon sin generar pensamientos que pudiesen interferir.

—Observo que posee una pequeña atmósfera de pocos kilómetros compuesta básicamente de nitrógeno y oxígeno. Y en la roca en si la composición es principalmente de hierro, oxígeno y silicio. No hay apenas trazos de helio. Y el hidrógeno que detecto está en la superficie, en forma líquida y sólida. No hay apenas hidrógeno en su atmósfera.

El análisis de la gran consciencia era el más exhaustivo hecho hasta entonces. Era objetivo e imparcial, sin juicios ni conclusiones.

La consciencia que representaba a los detractores de la presencia de vida en la Tierra habló.

— Así pues, queda demostrado que no hay ningún tipo de combustión en su atmósfera. Es sabido que para sustentar la vida se necesita energía, y sin embargo no se genera en dicho planeta. Además, cualquiera de los aquí presentes tenemos un tamaño que de ningún modo cabría en tan diminuta atmósfera, aunque fuera de puro hidrógeno en combustión. Si donde se planteara la existencia de vida fuera en alguno de los dos grandes planetas gaseosos que orbitan alrededor nuestro... quizás fuera posible, pero en ese enano sólido con apenas atmósfera es imposible.

La principal consciencia defensora no se amedrentó por los comentarios.

— ¿Y si fuera otro tipo de vida que no conocemos? Quizás sea posible la existencia de vida en materia sólida, o incluso líquida. Y puede que las consciencias sean de tamaño pequeño, proporcionales a su planeta, y por tanto requieran de poca energía.

Ante tales afirmaciones, las consciencias se removieron inquietas.

— ¿Vida sólida? Eso es absurdo. La materia sólida es algo demasiado burdo y rígido como para albergar algo tan precioso como la mente, algo que requiere de gran complejidad y flexibilidad—. La mayoría de los asistentes transmitieron su concordancia con estas afirmaciones, con lo que la consciencia detractora de la vida siguió su discurso—. Incluso, si admitiéramos la posibilidad de la existencia de vida sólida... Si existiera algún tipo de vida en esa diminuta roca oscura, tendría que ser forzosamente muy simple. Cualquiera de los aquí presentes tiene un tamaño equivalente a la cuarta parte de dicho planetóide. Si en esa diminuta superficie hubiera seres vivos... serían tan pequeños que no podrían albergar inteligencia alguna.

—Detecto algo más —interrumpió la gran consciencia dirigente— he refinado al máximo el sondeo visual del planetóide mediante una proyección de la consciencia al lado del planeta que ahora mismo no recibe nuestra luz. Observo que en uno de los hemisferios del planeta hay en las zonas oscuras, zonas con luz. Es una luz tenue en su superficie. Está sobre todo en las zonas en las que las plataformas terrestres están en contacto con el agua líquida que está en la mayor parte de la superficie. Sin embargo, estamos hablando de eventos a una escala tan diminuta que hacen que sea totalmente imposible discernir el origen de esa luminosidad. Solo puedo asegurar que no es algo natural.

—Entonces... ¿serán seres diminutos que viven gracias a nuestra energía residual y que cuando no reciben nuestra luz pueden sobrevivir en la oscuridad y crean su propia luz?— dijo una de las consciencias que hasta ese momento no había dicho nada.

Se hizo un momento de silencio en el debate donde nadie parecía estar transmitiendo ningún pensamiento. De repente,

todos los asistentes se echaron a reír de modo descontrolado a la vez, durante un buen rato. Cuando se calmaron, la consciencia que hasta ese momento había estado liderando a los defensores de la posibilidad de vida en la Tierra habló.

—De acuerdo, lo admito. Es todo demasiado absurdo como para que nadie se lo tome en serio. La posibilidad de vida sólida ya era algo rebuscado. Admito que muchas de las reflexiones que se han expuesto no las había considerado. Vida de tipo sólido en un entorno sin apenas energía, diminuta, capaz de vivir en la oscuridad y crear su propia luz, y capaz de cambiar el color de la superficie de verde a marrón y de subir la temperatura de la superficie... Todo demasiado absurdo.

—Gracias por atender a la razón, amigo mío— dijo el líder de los detractores— Supongo que esas luces que la gran consciencia ha detectado, deben ser algún tipo de reacción química, y que eso ha afectado a la coloración de la superficie. Sea como sea... qué más da que cambie el color de la superficie de esa roca tan pequeña que nos rodea. De todos modos, cuando nuestro hogar se convierta en supernova, esa piedra quedará engullida por nosotros. Hay cosas más importantes en las que fijarse, como la posibilidad de que haya vida en los grandes gaseosos, o en las estrellas cercanas—. Luego, en deferencia a su interlocutor en el debate, cedió en parte de los planteamientos.

De todos modos, ha sido interesante el plantear a posibilidad de que en el universo pueda existir vida sólida o líquida, o vida a otra escala de tamaño, mucho más reducida. En definitiva vida que no viva dentro de las estrellas.

—En este enorme universo, la realidad es que lo que vemos son estrellas y planetas inertes. Miremos donde miremos, no parece que nada físico de tamaño significativo dé muestras de inteligencia — la otra consciencia, le devolvió con esta frase el cumplido anterior.

—Bien. Si hay consenso acerca de que no es posible que haya vida en nuestro tercer planeta, vamos a dar por finalizado el

debate— dijo la gran consciencia Solar, antes de volver a cosas más importantes, como la comunicación telepática con seres energéticos en estrellas vecinas. Al fin y al cabo, de momento el único tipo de existencia probado era la suya.



## El bosque

Noemí Atamoros

*Noemí Atamoros Zeller, periodista egresada de la Universidad Femenina de México. Trabajó por cincuenta años en el periódico Excelsior de la Ciudad de México donde dirigió una sección cultural. Por quince años administró un Taller de Cuento fundado por la escritora Blanca Martínez, auspiciado por el Orfeo Catalán de México. Se publicaron treinta libros con textos de escritores de varios estados de la República Mexicana, Australia y Barcelona. Es cofundadora de la Asociación de Escritores Tirant lo Blanc de México.*

*correo: natamoros@prodigy.net.mx*

Mary llega corriendo al bosque de la imaginación. La carrera ha encendido sus mejillas y su cabellera rubia vuela por los aires lanzando destellos de luz. Se adentra en la enramada en busca del doctor Frankestien.

Es muy joven, apenas veinte años, pero sus ansias de libertad la sobrepasan. Su alma es vieja y su sabiduría mucha. Quiere detener el experimento loco de un ser obsesionado. ¿Cómo dar vida sin alma?

Al fin llega a la mansión pero ya es tarde. El doctor ha logrado su deseo y ha condenado a un monstruo al sufrimiento eterno, a la soledad implacable, a la desesperación infinita.

Y Mary se siente atrapada en la espesura de la creación.



# Nexo Joe

Elena Pujol

*Elena Pujol nacida en Barcelona, ha residido en México y publicado en ambos países. Es licenciada en Economía, Maestra en Humanidades, editora y escritora. Su obra incluye reseñas de libros y artículos en diferentes publicaciones como El Faro (México) o National Geographic Historia (España), entre otras.*

*En el campo de la ficción, sus cuentos están en antologías y revistas. Han sido publicados sus ensayos: Más allá del desasosiego y Las cuatro Edades del Héroe. correo:epujolm@hotmail.com*

## I

Soy un nexo. El último creo; algo así como el último samurai pero sin espada o lo que sea que utilicen los samuráis. No sé demasiado sobre eso. Ni siquiera hay metal en mi cuerpo. No llevo armas. Yo soy un arma. O lo era en un principio, esa era mi función. Pero mi nombre no es nexo. Es Joe. Lo de nexo lo copiaron de algún libro antiguo, hasta película hicieron, de aquellas que ya tenían color pero que se veían desde fuera de la pantalla. Sin que nadie se implicara, físicamente quiero decir. Bueno, eso era cuando había películas, ahora ya no queda nada de todo aquello. Ahora ya no queda nada de nada más que yo, Joe, el ¿último? nexo. Y si eso cuenta también queda lo que busco. Personas. He visto algunos mamíferos, ¿no iban a sobrevivir sólo las cucarachas?, pero no me sirven. Hay plantas, ratones, elefantes, peces, pero ni un maldito ser humano. Y tengo hambre. Aunque todavía no hay porqué desesperarse, puedo resistir bastante, unos meses, y bien pensado ¿si encuentro un ser humano de que me serviría? Sobreviviría un par de meses quizás ¿y luego? Tendría que buscar otro. Buscar y

buscar, eso sería mi vida. Me convertiría en uno de ellos, buscando para nada, queriendo más y más para luego quedarme otra vez insatisfecho. Mi paz interior desaparecería.

Yo no soy como ellos. Ellos eran así desde el principio, buscando comida, buscando dioses, buscando explicaciones, buscando respuestas, buscando atención, fama, dinero, productos, artefactos, religiones..., es paradójico que fuesen ellos mismos los que me creasen a mí sin esas necesidades. Un planeta provisto de alimento, o por lo menos lo estaba cuando nací yo. Sentía, claro. Siento. El sol, la luz, el lento crecer de las plantas, si disminuyo mi ritmo hasta puedo sentir el movimiento de la tierra. Podría decir que escucho las piedras, que lo oigo todo y lo veo todo, en fin, tengo la capacidad de ponerme al ritmo de las cosas. Claro, eso fue un error. Algún líquido que se les cayó cuando experimentaban con el primero. Ese no soy yo. Yo soy el último, creo. Así que la cuestión del alimento no representaba ningún problema, al contrario, la población crecía y yo pasaba los días observando a los exquisitos manjares que caminaban ante mí. ¿Y, el resto?, dioses, ideologías, creencias, ansiedades, ideales, sueños..., la verdad me importan un pimiento. Y no es porque sea un nexo, como los primitivos, de aquellos que eran incapaces de sentir cualquier cosa. No. Simplemente mi vida es el sueño. No tengo sueños a futuro, quiero decir, los vivo constantemente. No entiendo cómo podían soportarlo los seres humanos. Lo de los sueños a largo plazo, quizás fuese su forma de mantenerse ilusionados. Yo tengo lo que tengo y me basto. Mi cuerpo contiene todos los elementos necesarios para sentirse en paz. O los tenía. Ahora tengo hambre.

He recorrido casi la ciudad entera. La ex ciudad. He caminado durante días entre estos montones de escombros. ¡¿Y el instinto de supervivencia?!, ¿no estaban en la cúspide?! Pero puedo tomarlo con calma. Tengo tiempo. Y si nada aparece puedo desacelerarme un poco, pasar miles y miles de años inmóvil viviendo al ritmo de las rocas. Pero, no, no puedo vivir para siempre en ese letargo, en algún momento tendría que comer, surgiría la necesidad de moverme, de cambiar de ritmo, de correr, de escuchar el lento

crecer de las plantas, de moverme con el agua, de convertirme en agua... quizás he de reconocer que sí tengo algunas necesidades, no podría pasarme la eternidad totalmente quieto. Pero supongo que es normal, soy un nexo, no un Buda. Aunque parece que Buda tampoco soportó la quietud en exceso.

## II

Desde aquí, desde esta ciudad perdida se ve el desierto ahora que los edificios están en el suelo. En cierta forma es una ventaja, para mí claro, ellos ya no pueden disfrutar de esta panorámica ahora que se han asesinado. ¿No tenían varias religiones que prohibían matar al hermano y todo eso?, aunque a pesar de la genética nunca parecieron asimilar que todos provenían del mismo lugar. Es increíble pensar que una especie tan salvaje me haya creado a mí. Bueno, en algo tenían que lucirse. Ahora por fin puedo estirar la vista y eso compensa un poco el hambre. Mirar hacia delante y ver el espacio libre, podría decir que veo el infinito, cosa bastante asombrosa cuando uno está acostumbrado a mirar al frente y encontrarse con un número indefinido de carteles repletos de letras, colores, fotografías. Es bonito el infinito. Un día conocí a un ser humano que quiso enseñármelo. A ése no podía zampármelo porque tenía neutralizador, pero no, a él no me lo hubiera comido aunque lo hubiese desconectado. Comía otro tipo de seres. Carroña, como los buitres. Soy un nexo buitre. A él, al del infinito y a los pocos, o quizás no tan pocos, pero a aquellos anónimos que no se notaban porque vivían en paz, confundidos entre las masas, no me los hubiera comido. Me gustaba esa pequeña parte de la especie. Siento lástima por ellos, lástima porque sus hermanos importantes los hayan matado en nombre de cuestiones que a todos aquellos desapercibidos les importaban un pepino. Pero sobre todo siento lástima de que no esté aquí él especialmente. Hubiera disfrutado esta vista.

Aquel día yo me sentía un poco triste. Supongo porque anticipaba, sin querer, lo que iba a suceder. El ambiente era tenso en toda partes, en todos los países, y él se acercó y me dijo “Joe, lo he encontrado, he visto el infinito. Ven, vamos.” Y nos subimos a un tren que nos llevó a las afueras de la ciudad y de ahí caminamos por un muelle y todo había quedado atrás. La ciudad, la gente, los ruidos, el humo, y delante nuestro sólo había mar y no veíamos siquiera la roca donde estábamos sentados. Sólo espacio inmenso hacía adelante. Pero su mirada se puso turbia y dijo “vaya, hoy no se ve. Está nublado”. “Pero sí”. Le dije. “Yo lo veo”. “¿Ah sí?”, preguntó sonriendo. Y ya no hablamos más. Unas horas le duró el descubrimiento, luego todo desapareció. No. No todo. Todos ellos. Y todas sus cosas han quedado por aquí esparcidas. Por lo menos ya no tapan desde aquí desde el suelo.

### III

He de buscar otra ciudad. Una grande, de aquellas donde tenían laboratorios y refugios subterráneos para los importantes de la especie. Quizás ahí encuentre comida. Alrededor de esta ciudad no hay nada. Sólo desierto por un lado y mar por el otro. Tengo que atravesarlo entero, el desierto, eso me distraerá y me permitirá no pensar en mi amigo, en todo lo que puede verse ahora y que él no verá, él, que era uno de los pocos a los que la vista no se le había puesto enferma. Y el silencio. Si pudiera escuchar esto. Se puede oír. Sin interrupciones de motocicletas, bocinas, silbatos, motores, aviones, promociones. Se oye el viento y la arena, y poniendo mucha atención pueden oírse los cortos pasos de los pequeños insectos y el deslizarse de las serpientes.

Si acelero el ritmo de todo mi cuerpo puedo correr sin sentir una gota de cansancio durante horas, simplemente hago que todo mi cuerpo vaya a un mismo compás, el corazón, las piernas, la sangre recorriendo las venas, el aire de mis pulmones... existieron

seres humanos que podían hacer eso, podían acompañarse y curarse las enfermedades y caminar sobre el fuego y provocarse un ataque al corazón y sobrevivirlo y paralizar totalmente su cuerpo y acelerarlo después, pero eran pocos. Seres un poco más evolucionados que los importantes que ponían las reglas, seres que vivían generalmente aislados, lejos del bullicio y de la rapidez desacompañada del resto. Yo tuve la suerte de conocer a aquel que podía ver el infinito. Yo puedo hacer todas esas cosas, claro. En el fondo a veces, pienso que a pesar de haberme llamado nexo no soy más que un ser humano del futuro. Lo que hubieran podido ser algunos dentro de unos cuantos años, si los importantes no se hubieran sentido tan aburridos.

El sol casi se está poniendo. Si empiezo a correr ahora, en unas horas quizás consiga llegar atrás de aquellas dunas, las más lejanas, y quizás aún sea de noche y pueda pasar unas horas allí, en medio de la nada, antes de que vuelva a amanecer, y olvidar que han existido estos escombros y que en medio de ellos está mi amigo. Quizás entre la arena y el cielo y la noche fría pueda experimentar otra vez esa sensación, esa que experimenté cuando miraba el infinito desde el muelle, de estar en casa.

He visto, mientras corría, a las estrellas moverse sobre mi cabeza y a la arena deslizarse suavemente bajo mis pisadas. He oído como pasaban a mi lado los fuertes vientos helados del desierto y he sentido el temor de algunos animales apartándose del camino y sus miradas asombradas posándose en mi cuerpo. He aspirado el frío de la noche y he bebido el agua dulce de los silenciosos cactus. He escuchado el concierto que el desierto da cada noche y en algún momento, un silencio corto. Me he tumbado, por fin, en medio de la noche, que no es tan oscura y he visto entonces las estrellas, ahora quietas, inmóviles y brillantes, y la luz blanca que cae desde el cielo y se refleja en la arena. Y he sumergido mi cuerpo en esa arena fría y he dormido en la tierra y podría decir, que esta ha sido la primera noche en que, de verdad, he dormido. Ahora ha amanecido otra vez y la luz natural se ha mezclado quizás con los reflejos de las partículas asesinas que han quedado en

el aire, formando colores nunca antes vistos que cambiaban a cada momento de un azul violento a un rosa o violeta o naranja, no podría decirlo, a rojos demasiado brillantes, casi insoportables, verdes de cientos de tonalidades diferentes, hasta que poco a poco, el sol se ha levantado y ha impuesto su luz amarilla y blanca, y el desfile de colores ha terminado. Empiezo mi peregrinación a la ciudad.

#### IV

Me ha parecido verla otra vez, pero no puedo asegurarlo. Con esta, ya sería la quinta. A pesar de que mi vista es mucho mejor que la de cualquier ser humano no puede escapar a las jugarretas del desierto. Se divierte conmigo. Sin mala fe, sólo juega, por eso esta vez no voy a acelerar como las anteriores, no voy a correr emocionado pensando que ahí está, la gran ciudad, el centro de los importantes, que deben estar ahí, escondidos en alguna parte, en algún refugio; voy a seguir caminando despacio, a este nuevo ritmo que he aprendido, que aprendí el otro día observando a una especie de lagartija, a pasos cortos, deteniéndome a contemplar, a mirar a mi alrededor, a no perderme ni una gota de paisaje; ni un solo grano de arena escapará a mi mirada que no ha dejado de deleitarse desde que salí de los escombros, y ningún otro espejismo me hará acelerar y perder este nuevo ritmo que apenas estoy empezando a entender. Caminaré poco a poco y seguiré hacia el frente hasta que lo que mis ojos creen que están viendo se conviertan en otros escombros o desaparezca otra vez para dejar en su lugar a más desierto. Aunque, esta vez, he caminado más que las anteriores, y los escombros, lo que parecen escombros allí, muy adelante, no desaparecen. Casi podría decir que van tomando, a medida que me acerco, formas concretas. Formas que no tienen el aspecto devastado de la ciudad de dónde vengo. Como si algunos edificios aún se mantuviesen en pie. Si mis ojos no me están engañando otra vez, lo que divisan son los restos de una de las grandes. Los escombros y algunas sombras altas ocupan toda la línea del horizonte. Tapan el infinito.

Parece que esta vez he llegado, aunque aún estoy lejos, aún podría ser otro espejismo. Hay un animal que me sigue. No sé qué es, una especie de lagarto extraño, ¿desde cuándo los lagartos son amigos de los nexos? Será porque el otro día le preparé la cena. Un roedor. El lagarto estaba quieto haciendo cosas raras con sus patas, husmeando entre unas rocas, y yo me acerqué y él se apartó un poco; metí el brazo entre las rocas y saqué al roedor y cuando lo iba a soltar el lagarto se abalanzó sobre él y se lo zampó. No me gusta ver esas cosas, soy sensible y no he vuelto a ayudar al lagarto en sus cenas, pero ahí está el tonto pensando quién sabe qué, debo haberme convertido en un amuleto. Me fastidia ser el amuleto de un lagarto y para compensar lo he observado y he aprendido sus ritmos. A ratos me lo pongo en el hombro y mientras camino me siento como una especie de “Mad Max”, rudo y solo, caminado en el árido desierto con un lagarto al hombro. Y me hace compañía. Hablo con él. A los nexos también nos hace falta comunicarnos a veces.

Sigo caminando y lo que esta vez me había parecido un espejismo va adquiriendo cada vez formas más claras. “¿Qué te parece lagarto?, estamos llegando”. Realmente es una de las grandes, nunca había visto una así, fui de los últimos, así que nunca salí de mi zona. Ya no nos usaban, estábamos ahí solamente. Habíamos sido superados por una especie de máquinas guerreras a las que acabaron extrayéndoles aquel líquido que pareció ser el causante de nuestra extrema sensibilidad. Y la extrema sensibilidad no les servía para nada. Sólo les creó problemas, al final, cuando nos manifestamos defendiendo ciertos principios.

La veo. Enorme, gigantesca, la sede del mundo, o al menos eso me parece a mí que nunca había salido siquiera al desierto, más que aquella vez cuando fui al mar con mi amigo y me enseñó el infinito. Empiezo a salivar. Cada vez tengo más hambre. Aún podría aguantar mucho. Mucho más, pero no es lo mismo con esta sensación. Tampoco es muy bueno para el estómago de un nexo pasar tanto tiempo sin comer y luego comer de golpe.

## V

Hemos llegado. Esta vez era verdad. El lagarto parece confundido, igual que yo parece que nunca había salido de su hábitat. Husmea por todas partes, quizás encuentre a las personas antes que yo. He de localizar los grandes. Los edificios de los importantes, son fáciles de distinguir, ocupan mucho espacio y están, estaban contruidos con otro tipo de materiales. He recordado al ver todo esto los escombros de mi ciudad y el mar que me enseñó mi amigo y me ha fastidiado no poderle mostrar lo que he visto en el desierto. A él que hubiera mirado. Al entrar aquí, al estar otra vez rodeado de escombros se me ha escapado un poco la paz.

Al fin lo vi. Ahí estaba ante nosotros el edificio, aún se mantenía en pie, tenía que ser, así que entramos y buscamos hasta que encontramos el túnel. Me lo había imaginado de otra manera, gris, de metal, como todas sus construcciones modernas, pero no, era un túnel de tierra y piedra, húmedo y oscuro, parecía una cueva natural subterránea y, por unos momentos, pensé que quizás no los encontraríamos allí, que aquello no sería más que una extensión del alcantarillado, pero el lagarto avanzó y yo tras él y al cabo de un tiempo la encontramos. Una cámara gigantesca vacía y otro pasillo y otra cámara y más pasillos. Dimos vueltas durante horas hasta que encontramos la grieta. El lagarto la encontró, una grieta pequeña en la pared. Se deslizó y yo metí la mano para detenerlo y al apoyarme encontré un pequeño aparejo con un botón. ¿Y si era una especie de bomba de última hora? Lo apreté de todas formas. Esperé. La pared empezó a moverse un poco y se abrió de pronto, lentamente, como la montaña de Alí Babá, dejando al descubierto, ante mis ojos ansiosos, todas las riquezas que escondía tras ella. Allí estaban, tumbados en sus cajas de hielo, dormidos plácidamente. Los importantes. Con fechas a un lado, las fechas del nuevo despertar, supongo, en un mundo que creían que iba a ser para ellos. ¡Ja!

Había de todo allí. Una cantidad de equipo alucinante. Soy un nexo. Puedo usar cualquier computadora, entrar a cualquier sistema, descifrar cualquier código. Me lleva un tiempo, pero justo eso me sobraba. Así que aprendí como se abrían las cajas y las abrí, un par, y comí por fin, y luego desconecté las otras. Menos una. Una siguió funcionando. Había tenido una idea, ya no necesitaba reservas. Llevarla a cabo me tomaría un poco más de tiempo, quizás mucho más pero ya no tenía hambre, me sentía bien. Busqué, buscamos el lagarto y yo por la ciudad, por los zoológicos. Muchos animales permanecían encerrados en las jaulas que quedaban en pie. Necesitaba un simio. Lo encontré al final, cuando ya empezaba a pensar que mi idea, al fin y al cabo, no había sido tan buena y que quizás aquella especie, tan parecida al humano habría desaparecido también del planeta. Pero ahí estaba, un pequeño simio, vivo y confundido, famélico en su jaula, y a su lado, algunos restos, quizás sus hermanos de especie, devorados. Abrir la jaula no fue fácil pero soy un nexo. La abrí y llevé al simio conmigo al laboratorio. Ahí estaba, intacto ¿el último? ser humano. Tuve que aprender más cosas, todos los programas, biología, genética y al fin la operación. Le inyecté al simio lo que le faltaba. Ese soplo. Aquello que requería un cerebro para evolucionar. Ahora el simio lo tiene y yo sólo tengo que esperar unos cuantos millones de años. He soltado al simio y he tomado el riesgo. Ahora sólo queda esperar. Permaneceré así, en este ritmo, el de las rocas, durante millones de años. A este ritmo no consumo energía, el sol me basta. Me aburro a veces, pero tengo fe en el simio. Si resulta, si sobrevive y se procrea y su stirpe continua, los humanos volverán a poblar el planeta y yo tendré comida. Y podré moverme libremente y vivir sin ansia y..., echo de menos al lagarto ahora que estoy aquí quieto, esperando. Durante un tiempo se quedó inmóvil a mi lado, pero un día desapareció. Un día. Quién sabe, ya no tengo noción del tiempo, todo se mueve muy rápido. Quizás todo esto haya sido una tremenda tontería.

## VI

He visto la tierra mutar y he percibido el constante movimiento de sus placas tectónicas. He sentido las olas del mar deslizarse por mi piel y el frío de la roca instalarse en mi cuerpo. He oído las tormentas y he percibido los temblores provocados por meteoros caídos del cielo. He aspirado el aroma de la tierra húmeda y he visto como la hierba crecía a velocidades vertiginosas. He sentido fríos extremos y calores nunca antes experimentados. He visto romperse los hielos y praderas extenderse y ocupar su lugar. He sentido dolor y nostalgia, pesadez y aburrimiento. He sentido a veces el deseo de la renuncia, de desaparecer y olvidar la espera, demasiado larga. He olvidado casi el movimiento de mis músculos y he dejado de oír como lentamente mi sangre sigue moviéndose imperceptiblemente por mis venas. He sentido de nuevo esperanza al ver girar al sol rápidamente. Y he sentido soledad y tristeza, ira y desesperación.

Y hoy por fin ha llegado ese olor esperado y he percibido su movimiento. El aroma, aún lejano, que traía el viento, inconfundible; ahí estaban otra vez. Y he despertado y he aspirado fuerte y he sentido como la hierba dejaba de crecer y el sol dejaba de moverse y se convertía en un punto fijo ante mis ojos. Y he dejado de sentir el girar de la tierra y he extendido mi vista al frente y los he visto pasar, a caballo, por el valle, robustos y rosados.

Y he sentido, otra vez, después de tanto tiempo, hambre.

## 5 Momentos Musicales

Aldo Alba

*Aldo M. Alba, nacido en la Ciudad de México en tiempos Lounge y testigo de cómo el futuro de los Súperpersonicos se convirtió en el de Mad Max.*

*La vida lo llevó a un camino en el que las letras siempre están presentes, desde ayudante general hasta editor, aunque en sentido contrario.*

*Ha publicado libros de: mini ficciones, poesía, artículos y notas en revistas y páginas web. Entre sus obras se cuenta la novela, El Manuscrito Florentino, en coautoría con la escritora Blanca Mart, una antología de cuentos, Cuentos del Alba y Todos tus sueños se harán realidad, obra de teatro de ciencia ficción apocalíptica.*

*Vive en la CDMX con su guapa esposa, Lorena, sueña con armar sus modelos y escribir una novela de CF retro.*

*Puedes leer sus cientos de tuits en: @AldoTomis*

I/5

Año 1050 después de Nuestro Señor Jesucristo.

Europa no es aún el continente que cruzan cientos de vías férreas, vuelos transcontinentales y túneles submarinos, que conoceremos al pasar de los siglos. En estos tiempos es tan desconocido como la misma África. En sus bosques se encuentran toda clase de animales salvajes, y aún más, criaturas que se esconderán a la vista del hombre y sólo conoceremos en las leyendas.

En medio de esta naturaleza, encontramos un monasterio enclavado a la orilla de un bosque; una llovizna ha enfriado el clima y humedecido las paredes cubiertas de hiedra de la capilla en donde se escuchan las voces de unos hombres llenos de fe que cantan:

...sedet dexteran Dei Patris omnipotentis.

Inde venturus est iudicare vivos et mortuos.

Cuius regni non erit finis...

Seguros que sus voces alcanzan el cielo y llenan de agrado al Todopoderoso, los monjes se regocijan, mientras el bosque se llena con los cantos de las aves y el sonido de las gotas de lluvia sobre las hojas, que se mezclan con la paz de las melodías que inundan el bosque con alegría.

## II/V

15 de marzo de 1224

Por el camino soleado se acercan los cantores vagabundos, en sus raídas y mil veces parchadas ropas, llenas de polvo de los caminos, se adivinan manchas de vino, comida o simplemente mugre. En los tiempos en que dios está en todos lados, ellos son los perseguidos de la Iglesia, les han prohibido cantar, tocar y actuar sus obscenas pantomimas. Monjes proscritos y desencantados de su religión que viven como bandidos; entregados a la embriaguez y a la sátira cruel contra un sistema injusto y limitante. Hoy vienen a la fiesta de la mísera villa donde oficiarán una misa en broma y en su latín vulgar se reirán sin parar... hasta que la mujer más cercana les guiñe un ojo. A pesar de todo, ellos serán los únicos que mantendrán viva la música popular.

Mañana... mañana, tal vez amanezcan apaleados o rapados por las autoridades, pero eso no les impedirá seguir cantando.

## III de V

10 de enero de 1676

Glorie éternelle a Louis XVI, le plus grande des héros...

Versalles es un mundo muy aparte de la miseria del exterior, aquí los cortesanos se pasean por los salones del palacio, por los primorosos

jardines. Vistiendo trajes recargados de encaje y pedrería. Cubiertos de maquillaje, rodeados de un halo perfumado, reviven a su manera grotesca y rebuscada la antigua Grecia.

Acteón, Medea, reviven en las notas de los instrumentos de dulce sonoridad: clavecín, tiorba, viola de gamba, bellos instrumentos que caerán en el olvido de la humanidad. Pero que transportan a la Hélade a los allí reunidos.

Y aunque ellos se piensan como los nuevos clásicos, nunca sabrán que en un futuro sólo se dirá que eran farsantes y afeminados.

IV/V

22 de febrero de 2008

En lo que fuera un lujoso balneario del siglo pasado, convertido ahora en meras ruinas, se ha montado un escenario tubular, en la parte de arriba se encuentra el grupo Los Gusanos del Inframundo que vestidos con harapos y extrañas argollas que les perforan el cuerpo, vomitan cientos de miles de wats de sonido a través de las guitarras y teclados electrónicos. Unos metros abajo de ellos una tribu citadina se golpea salvajemente en un baile bestial, sin sospechar que intrincadas redes de poder los llevan ahí para que se destruyan entre ellos mismos.

Pero ese día, bajo el influjo de cientos de litros de cerveza, las secuencias robóticas de los instrumentos, las letras apocalípticas que cantan Los Gusanos... y el sonido amplificado hasta un nivel enloquecedor, los jóvenes comenzarán una revuelta que sacudirá hasta los últimos rincones de una sociedad podrida hace mucho tiempo.

Nunca antes los profetas tuvieron una manera tan extraña de predicar el cambio.

V/V

## Sistema Musical Universal (En un Futuro Deseable)

Hemos evolucionado hasta convertirnos en organismos musicales. Organizados en miles de redes en el planeta entero, los grandes estilos se han asimilado en nuestros cuerpos: Leonin, Machaut, Charpentier, Bach, Hendrix, Miles, Schulze, Olson, Zorn, Méndez. En cuestión de segundos podemos conectarnos para reunirlos a todos en un concierto en que cada maestro vivo o muerto se integra en una colosal orquesta. El sueño de muchas mentes, la armonía, la música total. Transformamos cada célula en una nota musical, ya somos instrumentos vivos que vibran con cada movimiento.

Lanzamos al espacio nuestras redes sonoras para enlazarnos con otras formas de vida inteligente. No existe nada que se oponga a la exploración del espacio por medio del sonido. Los otros seres que habitan el cosmos comprenden mejor los sonidos que el sistema binario y se han unido a nosotros en la comunicación universal a través de la música de las esferas.



